

CAPÍTULO VII

TLACATECÓLOTL, EL “DIABLO”

1. La demonización de las deidades prehispánicas

Las cosmovisiones de los pueblos indígenas de la Huasteca constituyen expresiones religiosas configuradas a lo largo del tiempo, que hunden sus raíces en un antiguo sustrato cultural mesoamericano mediatizado por el proceso de evangelización y dominación colonial. La influencia recíproca entre el pensamiento mesoamericano y el cristianismo ha dado lugar a formaciones sincréticas irreductibles a ambas matrices ideacionales. La dinámica cultural permite que el intercambio simbólico entre diversas formas de pensamiento continúe, de tal suerte que las religiones actuales de los pueblos indígenas se encuentran en un constante proceso de reelaboración simbólica. Las nociones acerca del Mal y del Demonio no son una excepción. Es por ello que para Báez-Jorge:

El Diablo es una hierofanía que precisa de abordajes hermenéuticos toda vez que integra diferentes “mensajes” que deben ser descifrados en tanto nos “hablan” históricamente de los contenidos culturales que le son inherentes, así como de configuraciones ideológicas y simbólicas relevantes en agrupamientos sociales específicos...¹

Para el citado autor la noción del Mal judeo-cristiano debe ubicarse en el horizonte de la “historia de larga duración”. Con base en lo anterior, analiza algunas de las rutas ideacionales presentes en la genealogía del Demonio cristiano, la cual integra nociones y expresiones simbólicas forjadas en antiguas religiosidades de África, Asia y Europa: “Se trata de un concepto en el que están presentes múltiples recargas numinosas. Es parte de una historia civilizatoria en la que los dioses vencidos fueron convertidos en demonios.”² A partir de las antiguas culturas de Egipto y Mesopotamia, Báez indaga en los antecedentes que configuraron los atributos del Demonio cristiano. Entre dichos antecedentes destaca

¹ Báez-Jorge, 2003: 35.

² *Ibidem*: 57

la influencia del dualismo iranio en el pensamiento cristiano medieval.³ Las ideas de los padres apostólicos, particularmente de San Agustín, aunadas a las reflexiones teológicas de los primeros apologistas terminarían por definir la imagen del Diablo como símbolo de Maldad. Es entonces cuando conceptos como “paganismo”, “hechicería” y “herejía” comenzaron a ocupar una posición central en la conformación de la demonología.⁴

A diferencia de la concepción dualista del cristianismo, en la que el Mal y el Bien son nociones absolutas concebidas de manera discontinua, las deidades mesoamericanas se caracterizan por presentar atributos de carácter dual o ambivalente; ambos valores constituyen a una misma divinidad: “La oposición de los contrarios –como propiedad inherente de las divinidades- es fundamental en el entramado de la cosmovisión mesoamericana; opera como principio creador y referente normativo de los oficios sagrados.”⁵

Cuando los europeos llegaron a América, España acababa de recuperar las tierras que habían estado en poder de los musulmanes y se había convertido en el principal combatiente de las ideas reformistas de Martín Lutero. En este contexto, el Diablo fue constantemente identificado con moros, herejes y judíos, a quienes se estigmatizó como símbolos del Mal. Estas ideas respecto al *Otro* fueron traspoladas al Nuevo Mundo, donde los nativos y sus deidades se vieron incorporados a una categoría discriminante que sirvió de base para justificar toda una teología de la colonización.⁶ Bajo esta lógica, las

³ La doctrina dualista preconizada por el zoroastrismo identifica el Bien y el Mal como dos principios independientes. “Es evidente que en la religión irania hallamos importantes claves para entender la extensión y profundidad de la genealogía del Demonio cristiano, contextualizadas en la significativa influencia del zoroastrismo en diversas cosmovisiones. Su presencia es evidente entre los hebreos y los griegos; sus concepciones se difundieron por todo el Mediterráneo durante las distintas épocas del imperio romano, llegando su caudal simbólico a influir de manera especial en el pensamiento cristiano. Como resultado del sincretismo entre las ideas mazdeístas y las judeocristianas, hacia el siglo II d.n.e. surgiría la doctrina dualista de los maniqueos. Las sectas cristianas de los nestoristas, paulicianos, cátaros y albigenses, entre otras, recibieron una fuerte influencia del dualismo iranio, proyectándose así en el cristianismo medieval.” (*Ibidem*: 82).

⁴ Cfr. *Ibidem*: 229-230.

⁵ *Ibidem*: 225.

⁶ En 1493 el Papa Alejandro VI concede a los Reyes Católicos las tierras descubiertas y los insta a continuar la propagación de la Fe Católica en ellas. De esta manera, la Iglesia Católica extendía en América la lucha

divinidades mesoamericanas fueron satanizadas. El Diablo fue visto como el promotor de las “idolatrías” de los pueblos autóctonos.⁷ Si bien en el encuentro entre las dos cosmovisiones los devotos de cada una proyectaba en los otros sus propias nociones del Mal, debe tenerse en cuenta que este proceso se llevó a cabo en condiciones asimétricas, en las que la cultura que sustentó el poder hegemónico no sólo demonizó los cultos y deidades autóctonos sino que en muchos casos conceptualizó al Mal como algo inherente al *Otro*, lo que “justificó” una empresa discriminante y etnocida que lamentablemente todavía hoy se observa en muchos lugares del país.⁸ En cuanto a las cosmovisiones indígenas, Báez-Jorge señala:

La evangelización colonial fraguó una imagen de Satanás acorde a sus propósitos. En consecuencia, en las cosmovisiones indígenas la noción del Mal fue reelaborada siguiendo las coordenadas de sus antiguos complejos simbólicos y la dirección estructural impuesta por su condición social subalterna, sin perder sus nexos con el Satán de la España barroca.⁹

anteriormente emprendida en el Viejo Mundo contra “herejías”, “hechicerías” y “paganismos”. “Alejandro [obispo, siervo de los siervos de Dios]. Al queridísimo hijo en Cristo Fernando y a la queridísima hija en Cristo Isabel, ilustres reyes de Castilla, León, Aragón y Granada, salud [y bendición apostólica]. Entre las obras agradables a la divina Majestad y deseables para nuestro corazón existe ciertamente aquella importantísima, a saber, que, principalmente en nuestro tiempo, la fe católica y la religión cristiana sean exaltadas y que se amplíen y dilaten por todas partes y que se procure la salvación de las almas y que las naciones bárbaras sean abatidas y reducidas a dicha fe. Desde que fuimos llamados a esta sede de Pedro, no por nuestros méritos sino por la divina misericordia, hemos sabido que sois reyes y príncipes verdaderamente católicos, como siempre supimos que erais y como lo demuestran a casi todo el mundo vuestras obras conocidísimas, ya que no habéis antepuesto nada a ella, sino que la habéis buscado con toda aplicación, esfuerzo y diligencia, no ahorrando trabajos, gastos ni peligros; incluso derramando la propia sangre; y os habéis dedicado ya desde hace tiempo con todo vuestro ánimo a la misma, como lo atestigua en la actualidad la reconquista del reino de Granada de la tiranía de los sarracenos, hecha con tanta gloria para el Nombre de Dios; por ello, de un modo digno y no inmerecido, nos sentimos inclinados a concederos espontánea y favorablemente todo aquello que os permita seguir en el futuro con este propósito santo, laudable y acepto a Dios, con ánimo más ferviente, para honor del mismo Dios y propagación del Imperio cristiano.” Primera bula *Inter caetera* de Donación del Papa Alejandro VI a los Reyes Católicos, 3 de mayo de 1493, en:

http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1493_258/Primera_Bula_Inter_caetera_de_Donacion_del_Papa_Al_443.shtml

⁷ Sobre el proceso de colonización y de demonización de las deidades mesoamericanas Cfr. Gruzinski, 1995 y 2003; Todorov, 1999; Cervantes, 1996.

⁸ Aunque lo descrito constituye la tendencia general del proceso de colonización, deben tenerse presentes los matices y las excepciones. Tzvetan Todorov ofrece una tipología de las relaciones con el *Otro* que bien pueden describir la problemática de la alteridad en el México colonial: 1) el juicio axiológico (plano axiológico: el *Otro* es bueno o malo), 2) el acercamiento o alejamiento en relación con el *Otro* (plano praxeológico: adopto los valores del *Otro*, me identifico con él, o le impongo mi propia imagen, lo asimilo a mí), 3) conocimiento o ignorancia de la identidad del *Otro* (plano epistémico). Entre estos tres tipos de relación hay una gradación infinita (Cfr. Todorov, 1999: 195)

⁹ Báez-Jorge, 2003: 273

De manera general se pueden distinguir dos tipos de respuesta a la destrucción del cuerpo sacerdotal mesoamericano operada por los españoles. En la primera, los cultos populares constituyeron una alternativa a la catequesis cristiana, conformándose como referentes de resistencia étnica. En la segunda, se desempeñaron como mediadores simbólicos, configurando una nueva religiosidad popular sobre la base de la religión precolombina y el cristianismo, aunque irreductible a estas matrices.¹⁰ Como se apuntó arriba, las cosmovisiones de los pueblos indígenas de México son producto de un intenso intercambio simbólico operado a través de los siglos; constituyen formaciones simbólicas en cuyo entramado están presentes, de manera simultánea e irreductible, diferentes matrices ideacionales y distintas temporalidades. De acuerdo con Cervantes, la insistencia de los catequistas acerca de que los indígenas ofrecían en sus rituales sacrificios a Satanás pudo haber ocasionado que aquéllos lo reconocieran como una divinidad más que podían incorporar a su panteón. De este modo, el Demonio no sería concebido como un adversario. Por el contrario, la demonización de sus deidades bien pudo contribuir al desarrollo de una subcultura demoníaca durante la Colonia.¹¹

2. Tlacatecólótl y su asimilación con el Diablo en tiempos de la Colonia

En el primer contingente de religiosos desembarcado en la Nueva España había un importante grupo de letrados, hombres de ciencia versados en el estudio de las lenguas. La preconización de la pobreza y del trabajo misionero caracterizado por el contacto con las masas populares hizo que esta orden religiosa sintiera, más que cualquier otra, la necesidad de llevar a cabo la tarea evangelizadora en lengua autóctona:

En cuanto pisaron tierra firme, los franciscanos se las ingeniaron para aprender las lenguas autóctonas, y algunos las llegaron a dominar a la perfección. Fueron así pioneros de una auténtica tradición apostólica mexicana. Su ejemplo fue pronto seguido por los dominicos y los agustinos, y después por los jesuitas que vinieron a evangelizar la Nueva España.¹²

¹⁰ Cfr. *Ibidem*: 221

¹¹ Cfr. Cervantes: 1996.

¹² Pury-Toumi, 1997: 60

Fray Bernardino de Sahagún fue uno de los primeros en enseñar a los nativos la doctrina cristiana en náhuatl. Pero esta difícil empresa requería, de acuerdo con Pury-Toumi, estrategias adecuadas para los fines que se perseguían, como consignar palabras que ejercieran cierto impacto, enfatizar las semejanzas entre ambas lenguas (náhuatl y castellano) o, por el contrario, subrayar las diferencias. Las decisiones tomadas dependerían de los términos bíblicos que se quisieran entronizar. Así, se podía tomar prestada una palabra náhuatl con una correspondencia aproximada, o bien se introducía íntegro un término latino o español que no se podía o no se deseaba traducir: tanto el rechazo a la traducción como su aceptación constituyen actos portadores de sentido.¹³

Entre los términos entronizados por la catequesis estaban, desde luego, los relacionados con el demonio y la maldad. Las palabras “diablo” o “demonio” fueron utilizadas para referirse a los dioses mexicas. Al preguntarse sobre las razones que llevaron a los misioneros a tomar la decisión de usar dichas palabras en lugar de buscar un término náhuatl correspondiente, Pury-Toumi argumenta que 1) el atributo genérico hacía posible rechazar en conjunto a todas las divinidades mexicas, 2) la estrategia permitía no volver a nombrar a los dioses nahuas, anulando así el poder del nombre en la invocación, y 3) al designarlos con un único término se contribuía a impedir el culto específico a cualquiera de ellos. La palabra “diablo” fue impuesta a los mexicas como una expresión para designar a sus dioses.¹⁴ Además, la no traducción es apelada, de acuerdo con Duverger, “cuando el riesgo de confusión parece demasiado grande.”¹⁵ Sin embargo, el recurrir al término castellano “diablo” para evitar posibles sincretismos conllevó también una confusión de significado y una imposición léxica que acarreaba la incompreensión de parte del mensaje que se deseaba transmitir.¹⁶

En algunos casos, encontramos en la obra de los franciscanos la expresión *amo cualli* para designar al Diablo. De acuerdo con Pury-Toumi, *Cualli*, “(el) bueno”, deriva del verbo *cua*,

¹³ Cfr. *Ibidem*: 62-63.

¹⁴ Cfr. *Ibidem*: 79-80.

¹⁵ Duverger, 1996: 149.

¹⁶ Cfr. Baudot, 2004: 335.

“comer”, de modo que cualli tiene un sentido original de “comestible”. Sin embargo, es probable que ese significado ya no fuera captado en los textos clásicos. Actualmente se suele traducir cualli como “bueno”. La autora se pregunta sobre la pertinencia de tomar al pie de la letra esta traducción, o bien, tomar en cuenta la etimología de la palabra para su interpretación. Tomando como ejemplo el caso de Tzinacapan, en donde cualtacayotl significa “humanidad” y no “bondad”, sugiere que cuali podría significar “humano”. Por consecuencia, si un hombre no es cualli, es decir, si es amo cualli, entonces es un Diablo.¹⁷ La precitada autora considera que la expresión amo cualli fue creada por los franciscanos para introducir entre los mexicas un concepto que les era ajeno, viéndose obligados a emplear un giro negativo toda vez que en náhuatl no existía una raíz léxica que significara “malo”. Añade que la ambigüedad semántica generada puede explicar, en parte, por qué los nahuas no se opusieron a que los españoles emplearan la palabra Diablo para referirse a todas sus divinidades.¹⁸

En la introducción al capítulo XI del Libro IV de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, Sahagún anota:

Del séptimo signo llamado ce quiahuitl, y de su desastrada fortuna; decían que los que en este signo nacían eran nigrománticos, brujos, hechiceros, embaidores. Es de notar que este vocablo **tlacatecolotl propiamente quiere decir nigromántico o brujo; impropiaamente se usa por diablo.**¹⁹

Al hablar del arte del hombre-búho (tlacatecolotl), Sahagún explica que este personaje “cuando aborrece a alguno, cuando desea su muerte, se sangra sobre él...”²⁰ Asimismo, en el *Códice Florentino* se habla de diversos tipos de hechiceros, referidos como tetlachihuiani, nanhuatlin, texixicoani y tlacatecolotl. Acerca este último, los informantes de Sahagún señalan que se podía convertir en aquello que correspondía a su nahual (perro, ave, tecolote) y que hacía enfermar y fallecer a la gente.²¹ Fray Bartolomé de las

¹⁷ Se define así al Diablo como no perteneciente a la clase de hombres.

¹⁸ Cfr. Pury Toumi, 1997: 116-117.

¹⁹ Sahagún, 1999:234.

²⁰ *Ibidem*: 905.

²¹ *Códice Florentino*, 1979, V. III, lib. X, cap. IX, referido por León-Portilla, 2000: 229.

Casas, por su parte, apunta acerca de tlatatecólótl: “hombre nocturno, que anda de noche gimiendo y espantando; hombre espantoso, hombre enemigo”.²²

López Austin explica que entre los hombres a los que, debido al día de su nacimiento, les tocaba en suerte ser magos, había quienes hacían uso de su don para beneficio de la comunidad y quienes, por el contrario, lo utilizaban en perjuicio de la sociedad. Entre las diversas clases de magos o hechiceros, los que se dedicaban a fines antisociales eran los tlatlacatecolo (“hombre-búho”). Además de que el búho era vinculado a lo funesto y considerado emisario del Mictlan, en la etimología de su nombre el verbo coloa (“perjudicar, dañar”), unido al prefijo de persona indefinida (*te*) “da una significación bastante precisa de la naturaleza del búho y del tlatatecólótl: ambos se caracterizan por dañar a la gente...”²³ El poder de estos personajes tenía claramente dos tipos de origen: 1) haber nacido bajo el signo propicio, Ce Ehécatl o Ce Quiáhuitl; 2) mediante aprendizaje de las malas artes. Desde muy pequeño, el tlatatecólótl daba muestras de su naturaleza, al decirse “conocedor del reino de los muertos, conocedor del cielo”. Además, su acción sobre las víctimas se realizaba en días específicos, por lo general aquéllos que tenían por numeral el 9. Con base en una revisión de diversas fuentes coloniales, López Austin identifica trece tipos de Tlatlacatecolo: 1) tepan mizoni (“el que se sangra sobre la gente”), 2) el que ve fijamente las cosas (para el cual propone el término tlatztini), 3) el que toca las cosas (sugiere la palabra náhuatl tlamatocani), 4) el que pinta las paredes de las casas (tampoco aparece su nombre en náhuatl, pero propone caltechtlatlacuiloani), 5) tettlepanquetzqui (“el que prepara el fuego para la gente”), 6) teyollocuani, tecotzcuani (“el que come el corazón de la gente”, “el que come las pantorrillas de la gente”), 7) mometzcopinqui (“el que se saca molde de sus piernas”), 8) tlahuipuchtli (“el sahumador luminoso”), 9) nonotzale, pixe, teyolpachoani (“el poseedor de conjuros”, “el dueño del depósito”, “el opresor del corazón”), 10) temacpalitoti, momacpalitoti, tepopotza cuahuique (“el que hace danzar a la gente con la palma de la mano”, “el que danza con la palma de la mano”), 11) moyohualitoani (“el que se acomode en la noche”), 12)

²² Casas, 1966: 79.

²³ López Austin, 1967: 88.

cihuanotzqui, xochihua, cihuatlatole (“el que llama a la mujer”, “el que posee embrujos para seducir”, “el dueño de palabras para la mujer”) y 13) el que trueca sentimientos.²⁴ Conviene señalar que entre las cuarenta clases de magos que enlista López Austin en su artículo, se encuentran los nahualli, hombres con personalidad sobrenatural que tienen el poder de transformarse en otro ser, mismo que pueden emplear tanto benéfica como maléfica. En este sentido, el autor señala que un nahualli puede ser *tlacatecólōtl* si hace uso de sus poderes en perjuicio de los demás, como se desprende de lo señalado por los informantes de Sahagún:

El *nahualli* es sabio, consejero, depositario, sobrehumano, respetado, reverenciado [...] El *nahualli* malvado es poseedor de hechizos, embrujador de la gente. Hace hechizos, hace girar el corazón de la gente, hace dar vueltas el rostro de la gente, invoca cosas en contra de la gente, hechiza a la gente, embruja a la gente, obra contra la gente como *tlacatecólōtl*, se burla de la gente, turba a la gente.²⁵

En la empresa catequizadora, los sacerdotes católicos consideraron peligroso utilizar uno de los títulos del clero azteca para nombrarse a sí mismos, por lo cual inventaron un término náhuatl: *teopixqui*. El radical *teo*, que designaba lo divino en el antiguo sistema politeísta, fue apropiado por los franciscanos para referir únicamente las cualidades del Dios cristiano y lo sagrado, lo santo o lo espiritual. Inspirados en la palabra *calpixqui* (guardián de las casas), título de la alta administración mexicana, crearon la expresión *teopixqui*, significando con ella “guardián de Dios”.²⁶ En opinión de Pury-Toumi, la elección de este concepto da cuenta de la manera en que los misioneros querían presentarse ante los nahuas: como protectores y guardianes de la imagen del dios universal cuyo conocimiento sólo ellos tenían. Al autonombrarse de este modo, despojaron a los sacerdotes mexicanos de su denominación. Estos últimos serían referidos

²⁴ Cfr. *Ibidem*: 88-95. En las mismas páginas se puede encontrar una descripción de los procedimientos de estos hechiceros.

²⁵ *Códice Florentino*, Vol. X: 31.

²⁶ Cfr. Duverger, 1996: 147.

en adelante como tlacatecolotl, término con el cual se les calificó de hechiceros maléficos y peligrosos.²⁷

Ahora bien, el diccionario de Rémi Siméon consigna para tlacatecolotl o tlacateculutl “Diablo, demonio, espíritu maligno, brujo, nigromante...”²⁸ y Molina anota “demonio o diablo”.²⁹ De acuerdo con Baudot, Jorge Klor de Alva hizo notar que la designación del “diablo” como tlacatecolotl no se encuentra en la nomenclatura de los *Coloquios*, aunque se halla constantemente en la obra de fray Andrés de Olmos.³⁰ Efectivamente, este franciscano se encargaría de equiparar al “hombre-búho” con el Diablo cristiano. Esto es de fundamental importancia para nuestro trabajo toda vez que dicho personaje llevó a cabo una importante tarea evangelizadora en la Huasteca a partir de 1554.

En 1527, Olmos fue designado por fray Juan de Zumárraga para llevar a cabo una investigación cuyo objetivo era la extirpación de la brujería en Vizcaya, España. Por las mismas fechas, fray Martín de Castañega, predicador del Santo Oficio, realizaba una labor similar en la región de Navarra. Al parecer, ambos hombres trabajaron de mutuo acuerdo. Al final del mismo año, Zumárraga fue electo primer obispo de México por Carlos V y decidió nombrar a Olmos su colaborador en la empresa de catequización y persecución de idolatrías en la Nueva España. Así, el 6 de diciembre de 1528 arribaron a la ciudad de México. Olmos fue enviado a Guatemala en 1529 y después a Tepepulco, donde fundó un monasterio franciscano. Allí permaneció hasta el año de 1533, cuando el presidente de la segunda Audiencia de México le encarga una investigación sobre la sociedad aborigen del Anáhuac, para lo cual le ofreció trasladarse al colegio de Santiago de Tlatelolco. Entre 1533 y 1539, el franciscano recorrió varias ciudades para llevar a cabo su investigación, tales como Texcoco, Tlaxcala, Huexotzingo, Cholula, Tepeaca, Tlamanalco, e incluso hizo

²⁷ Cfr. Pury-Toumi: 57. La autora advierte que no sólo el término tlacatecolotl fue utilizado para designar a los sacerdotes mexicas. Sahagún constantemente se refiere a ellos como sátrapas, palabra tomada del persa a través del griego, que fue estratégicamente escogida por sus connotaciones de despótico, rico y dado a la lujuria.

²⁸ Siméon, 2007: 560.

²⁹ Molina, 1970: 116.

³⁰ Cfr. Baudot, 2004: 340.

incursiones a territorios más alejados, en dirección de la Huasteca, como Hueytlalpan, donde se estableció en 1539 tras haber terminado la tarea encomendada.³¹ En este último sitio permaneció catorce años con el fin de continuar su labor de evangelización. Entre 1551 y 1552, el franciscano escribió su *Tratado de los siete pecados mortales*, obra en la que utilizó el pasado prehispánico de los mexicanos para ilustrar cada uno de los pecados capitales.³²

En 1553, Olmos escribe el *Tratado de hechicerías y sortilegios*. Esta obra muestra una clara influencia de las ideas de fray Martín Castañega, quien en el *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías* (1529) sostiene que el deseo por conocer “las cosas secretas, ocultas y venideras” que el Diablo suscita en los hombres subyace a la nigromancia y a las artes mágicas. Siguiendo la línea de la teología agustina, el franciscano distingue la iglesia católica de la diabólica y señala que los actos realizados por magos, brujas y hechiceros son debidos al pacto que estos establecen con el Demonio.³³

El objetivo del *Tratado de hechicerías y sortilegios* de Olmos era el de “combatir [...] las costumbres prehispánicas, de bregar en contra de las creencias originales, vivas, persistentes y hasta resurgentes de los amerindios vencidos.”³⁴ La demonización de las divinidades autóctonas ocupa un papel central. Tlacatecolotl es identificado aquí con la noción cristiana del Diablo, como se evidencia a partir de la siguiente anotación:

Vosotros habéis de saber que este hombre-búho [Tlacatecolotl] se nombra, se llama verdaderamente por una multitud de nombres: mal ángel Diablo, Demonio, Satán. Acaso os han contado a menudo que fue arrojado del cielo por la grandísima falta que cometió porque era vanidoso, orgulloso, presuntuoso, él no quería en ningún modo obedecer al único, él sólo, el verdadero Dios quien, en tiempos pasados, los creó, lo formó, lo hizo, lo engendró...³⁵

³¹ Desafortunadamente no se conserva ningún ejemplar de la obra que realizó como producto de esta investigación.

³² Cfr. Baudot, 1990: IX-XV.

³³ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 196-197. Baudot sugiere la posibilidad de que el propio Olmos haya colaborado con Castañega en la elaboración del Tratado de este último. (Cfr. Baudot, 1990: XVI)

³⁴ Baudot, 1990: XXIII.

³⁵ Olmos, 1990: 13 (fol. 391v).

Asimismo, al hablar a los indígenas acerca de la morada del Demonio, Olmos señala: "...así es ella, la casa del Diablo, la casa del hombre-búho; en ella se ve a todos los descreídos, todos aquellos que no creen en el verdadero Dios."³⁶ En opinión de Baudot, el Diablo descrito por fray Andrés corresponde a la imagen del demonio cristiano. Si bien el franciscano emplea frecuentemente el término *yn tlacatecoltl*, "el hombre-búho", lo cierto es que la mayoría de las veces utiliza la palabra Diablo. Más aún, Baudot lo califica como "diablo político", un diablo fraguado por una política colonial, ya que "todas las apariciones diabólicas alegadas por Olmos revisten los aspectos de una lucha contra posibles resurgencias prehispánicas."³⁷

A partir de 1554 se puede considerar a fray Andrés de Olmos como el evangelizador de la Huasteca. Hacia 1553 o 1554 abandonó Hueytlalpan para radicar en Pánuco y Tampico. Es probable que a petición suya, el virrey Luis de Velasco autorizara la fundación del monasterio franciscano de Tampico. De la Huasteca tenemos otro testimonio de la asimilación de *Tlacatecoltl* con el Diablo. Para 1565, el vicario de Chicontepepec, fray Juan de Luján, escribe:

... en estos naturales no hay propiamente la palabra demonio, es tan listo Lucifer que escondió su nombre y como un pájaro que es *tecolotl* y este pájaro es propiamente el demonio. Le gusta la noche y tiene cosa de Lucifer con pequeñas crestas. Este demonio cuando hace sus fechorías y pide tantos mitotes y comidas, animales y sabandijas dicen que se convierte en hombre y que llaman propiamente *Tlacatecoltl*, que quiere decir señor búho, o también hombre *tecolotl*, este es Lucifer.³⁸

Como se puede apreciar, de mago o hechicero *Tlacatecoltl* pasó a ser asimilado con el diablo, concepto ajeno al discurso amerindio. El recurrir a las lenguas indígenas para presentar la doctrina cristiana creó en muchas ocasiones confusiones léxicas y conceptuales. Al calificar a *Tlacatecoltl* como diablo se trataba de entronizar un concepto ajeno al pensamiento prehispánico, pero en ello se estaba apelando al sistema de referencia de la religión indígena. Para Baudot, las confusiones léxicas y conceptuales

³⁶ *Ibidem*: 23 [fol. 394 v].

³⁷ Baudot, 1990: XXV. Sobre las apariciones diabólicas también se puede consultar Baudot, 1972:349-357.

³⁸ Informe parroquial citado por Báez-Jorge, 2003: 302-303.

abrían las puertas a las mezclas y sincretismos, “a combinaciones poco coherentes de doctrinas, discursos y sistemas y, por último, a una comprensión global bastante confusa del conjunto ideológico que se pretendía imponer”.³⁹ De esta manera, se crearon núcleos fundadores del discurso mestizo. Probablemente ésta sea la razón de que actualmente Tlacatecólótl sea referido como Diablo entre los nahuas de la Huasteca, pero que sus características disten mucho de las del Demonio cristiano, al integrar atributos divergentes que comprenden tanto nociones del Mal como del Bien, según se verá en el siguiente apartado.

3. Tlacatecólótl en la actualidad

Gómez Martínez realizó un estudio sobre la religión de los nahuas de Chicontepec, mismo que dio lugar a su tesis de licenciatura en antropología y fue publicado más tarde con el título *Tlaneltokilli. La espiritualidad de los nahuas chicontepecanos*.⁴⁰ El trabajo etnográfico llevado a cabo por Gómez constituye la base de un estudio hecho en coautoría con Félix Báez-Jorge, en el que los autores analizan la figura de Tlacatecólótl entre los nahuas de la Huasteca veracruzana: *Tlacatecolotl y el Diablo (La cosmovisión de los nahuas de Chicontepec)*, publicado en 1998.⁴¹ Báez-Jorge y Gómez han escrito otras versiones del referido ensayo; además, el primero ha dedicado un espacio significativo de su obra *Los disfraces del diablo* al análisis de la figura de Tlacatecólótl.⁴² Todos estos textos conforman el cuerpo a partir del cual hemos elaborado una síntesis con el objetivo de exponer las características y atributos de Tlacatecólótl. Dado que en muchas ocasiones los textos presentan la misma información, hemos considerado pertinente evitar la referencia puntual a las fuentes pero, insistimos, debe señalarse que todo lo que a continuación se expone proviene del trabajo de los precitados autores.

³⁹ Baudot, 2004: 345.

⁴⁰ Gómez, 2002.

⁴¹ Este estudio fue reeditado posteriormente: Báez-Jorge y Gómez, 2002.

⁴² Báez-Jorge y Gómez, 2000:79-94 y 2001: 391-451; Báez-Jorge, 2003: 465-521.

3.1 La concepción del universo entre los nahuas de Chicontepec

Antes de abordar los atributos, oficios y características de Tlacatecóltil es pertinente describir brevemente la manera como los nahuas de Chicontepec conciben el universo. Esto se debe a que algunos aspectos de dicha concepción serán retomados en el siguiente capítulo. Los mitos refieren el origen del cosmos y del hombre a tiempos remotos. Algunos relatos señalan la existencia de cuatro humanidades previas a la actual. La primera fue hecha de barro por una pareja de dioses: pilhuhuentzitzli (ancianos); se alimentaba de piedras y tierra y fue destruida por los tecuanimeh (fieras) por haberse negado a servir a las deidades. La segunda generación se hizo a partir de papel cortado; su alimento consistía en ciertas cortezas de árboles; los huracanes la destruyeron. La tercera, elaborada con madera de cedro, comía ohoxihtli (ojite); el fuego la exterminó. Los hombres de la cuarta generación nacieron de tubérculos cocidos y amasados, se nutrían de camotes hervidos y fueron aniquilados por inundaciones. La quinta generación, la actual, fue concebida por Ompacatotitzi (“Dios doble”). Los cuerpos de estos hombres se hicieron con huesos ancestrales, pasta de maíz, amaranto y frijol; adquirieron vida gracias a la sangre de las divinidades, el viento, el fuego, el agua y la luz del sol. Las divinidades les otorgaron el maíz como alimento.

Los dioses estructuraron el cosmos (Semanahuactli-universo) después de destruir a la cuarta generación. El universo fue conformado con tres planos superpuestos, Tlaltepactli (tierra), Ihuicactli (cielo) y Mictla (lugar de los muertos), orientados hacia cuatro regiones (tlanescayotl) que emergen del centro de la tierra (Tlalxictli). El plano terrestre fue levantado por sus cuatro esquinas con pilares u horcones (tlaketzalmeh o tlamamameh) que se pararon sobre el suelo ocupado previamente por la cuarta generación. Este último se convirtió en el inframundo. Posteriormente el cielo (Ihuicactli) fue alzado por los cuatro cargadores (tlamamameh) sobre la superficie de la tierra. Debajo del inframundo se encuentra el Tzopilotlacuaco, un ámbito creado mediante la compactación de partículas de suelos de las generaciones pasadas. Una vez ordenado el cosmos, los dioses,

convocados por Ompacatotitzi, hicieron una asamblea en el cerro Postectli donde se distribuyeron los oficios. Meetztli (Luna) se encargó de iluminar la noche, Tonatiuh (Sol), auxiliado por los poderes mágicos de Tlacatecólótl, alumbró el día. A este último, además, se le encargó vigilar la conducta humana y castigar a los infractores. Chicomexóchitl (Siete flor) y Macuilxóchitl (Cinco flor) fueron los responsables de la fertilidad humana y vegetal; Atl (agua) y Apanchaneh (sirena) de las aguas terrestres y pluviales; Ehecatl de los vientos; Tliti Xahuantzi (fuego) del manejo fuego. A Mikistli (muerte) lo encomendaron patrón de los difuntos.

Los nahuas de Chicontepe imaginan el cielo y el inframundo con subdivisiones, a cada una de las cuales le asignan un nombre de acuerdo con lo que en ellas habita. El cielo tiene siete capas: la primera, Ehecapa (lugar de vientos) contiene al ihyotl (aire), a los cualli ehecameh (vientos “buenos”) y a los tlasolehecameh (vientos “nefastos”); en la segunda, Ahuechtla, se encuentra el ahuechtli (rocío); la tercera está habitada por mixtli (nube) y por tecihuitl (granizo), y recibe el nombre de Mixtla; la cuarta, Citlalpa, es residencia de las citlalimeh (estrellas); la quinta capa, Tekihuahtla (lugar de autoridades), alberga a los tlamocuitlahuianeh (guardianes superiores); en el sexto nivel se localiza el Teopanco, lugar donde residen los totiotzitzih (santos católicos) y las deidades autóctonas (Ompacatotitzi, Tonatiuh, Meetztli, Tlacatecólótl, Chicomexochitl, Macuilxochitl); en la séptima capa se encuentra un espacio sólido, oscuro y lleno de desechos de las divinidades, al cual denominan Nepancailhuica (límite del cielo); en su parte superior anidan los huitzitzilmeh (colibríes) que alegran el paso del sol al mediodía. Como se ha apuntado, los dioses habitan el Teopanco. Los relatos míticos señalan que antiguamente el cerro Postectli era tan grande que unía el Cielo, la Tierra y el inframundo. Desde allí los hombres se robaban la comida de las divinidades quienes, enojadas, partieron la elevación en siete pedazos (cerros) y se asentaron en cada uno de ellos: el Sol en Tzoahcalli, Tlacatecólótl en Xochicoatepec, Macuixochitl y Chicomexochitl en Postectitla, y el resto en Tepenahuac, Tepeixitla, Xihuicomitl y Ayacachtli. Más tarde las deidades abandonaron los cerros y se fueron a vivir al Teopanco, cansados de que los hombres no los respetaran.

Como resultado del proceso evangelizador, varios santos católicos fueron incorporados a la cosmovisión nahua. Estos también residen en el sexto nivel celeste.

El Mictlah está constituido por cinco capas: Tlaketztla, Cipactla, Tlalhuitzoctla, Tzitzimitla y Mihcapantli. En la primera se encuentran los cuatro cargadores de la tierra, en la segunda residen la tortuga y el monstruo de la tierra que desempeñan la función de pedestal de los cargadores, la tercera está habitada por gusanos, la cuarta aloja a las tzitzimimeh (mujeres fantasmales) y otros seres que asustan, y la quinta alberga a Mikistli y a Tlacatecólótl en su advocación de “hombre búho colérico” (Tlacatecólótl Tlahueliloc). Se considera que el Mictlah es un lugar frío y oscuro que contiene desechos malignos arrojados desde la Tierra. Como se apunta arriba, abajo del “lugar de los muertos” se encuentra otro ámbito que es una especie de ultramundo. Su nombre, Tzopilotlacualco, significa “comida de zopilotes” o “lugar de podredumbre”.

En el Tlaltepactli los nahuas chicontepecanos ubican a Tlaltenana (Madre Tierra) y a Tlaltetata (Padre Tierra), además de las aguas terrestres y marinas, los animales, los vegetales, las rocas, el hombre y algunas deidades. También en este plano del universo hay una serie de sitios sagrados como los cerros, los ríos, los manantiales, las encrucijadas y las ruinas arqueológicas (tepetzacualli). Se considera que en estas últimas viven los ancestros. El Tlaltepactli constituye el punto de equilibrio entre el cielo y el inframundo, entre lo humano y lo divino, entre lo caliente del día y lo frío de la noche. Como agente principal en la tierra, el hombre debe cuidar su conducta con el fin de evitar destruir el equilibrio, de modo que para realizar cualquier acción debe “pedir permiso a la tierra” mediante ofrendas y oraciones.

El Sol y la Luna giran alrededor del cosmos en sentido contrario a las manecillas del reloj. El primero da vueltas completas alrededor de todas las capas comenzando por el Este, alcanzando su cúspide en el cenit y bajando por el Oeste para introducirse en el Inframundo y volver a salir hacia el lado del Este. La luna sigue el mismo camino que el

astro solar durante ocho días de su ciclo, pero los veinte restantes sólo recorre la mitad, “quedándose a descansar a medianoche” en el Tzopilotlacualco.

A mitad de la distancia entre el cielo y la tierra se ubica el Xochicuahuítl (árbol florido) o Yolcacuahuítl (árbol de la vida), árbol mítico que nace en un hermoso lago donde habitan multitud de peces y en cuyas orillas crecen muchas plantas. Provee toda clase de alimentos. También se dice que tiene muchas tetas con cuya leche alimenta a los niños que murieron siendo lactantes. El origen del Mal está vinculado a la destrucción del Xochicuahuítl. Un relato cuenta que los hombres talaron el árbol que les proporcionaba alimentos y riquezas. Los dioses, enfadados, los castigaron haciéndolos cultivar sus propios alimentos y enviándoles los “malos aires”. Tras este suceso, las divinidades abandonaron sus residencias en los cerros y se fueron a vivir al Teopanco.

3.2 Tlacatecólótl

Los mitos señalan que Tlacatecólótl es hijo de Tenantzizimitl (Vieja enojona) y hermano de Ehecatl (Viento). Hace mucho tiempo existió una viejita que tenía siete hijas: Xóchitl (flor), Citlalcueitl (falda de estrellas), Cacalotl (cuervo), Xochicuahuítl (árbol florido), Malintli (hilo torcido), Tzopitl (tapa) y Tepetic (montañas). Con excepción de la primera, todas se casaron y se embarazaron, pero murieron durante el parto. Esto ocasionó la tristeza de su madre, quien finalmente también falleció. Xochitl quedó soltera y vivió amargada. A los 21 días de haber muerto su madre, ésta y sus hermanas difuntas se le aparecieron en un sueño para informarle que se habían transformado en las Tzitzimineh y que se dedicaban a asustar a la gente. Además le dijeron que ella, debido a su amargura, también se estaba convirtiendo en vida en una Tzitzimitl. Por tal razón la llamaron Tenantzizimitl (jefa de las Tzitzimineh). Poco después la joven se casó con un arriero⁴³ y se embarazó, pero antes del parto el hombre murió. En el cerro Xochicoatepec la mujer dio a luz a dos niños gemelos: uno moreno y otro blanco. Al primero lo llamó Tlacatecólótl

⁴³ En otras versiones se dice que el padre de Tlacatecolotl era un comerciante que se dedicaba a andar en los tianguis.

(Hombre búho) porque al nacer el búho le cantó; el otro tuvo por nombre Ehecatl (Viento), debido a que en el momento de su nacimiento soplaron fuertes vientos. Este último también era llamado Tlachpoastli (escoba) dado que se dedicaba a limpiar el ambiente ahuyentando a los “malos vientos”. Los dos niños crecieron muy rápido: a los siete días hablaron, a los trece caminaron, a los dieciocho eran adolescentes y a los veinticinco llenaban las trojes de alimentos. Al cumplir cincuenta y dos años los hermanos pelearon. Ehecatl trabajaba mucho mientras que Tlacatecólótl se la pasaba cortejando a las mujeres. No obstante este proceder, el Señor búho obtenía más productos que aquél pues se valía de sus artes mágicas. Su madre lo reprendió poniendo de ejemplo al hermano. Esto molestó a Tlacatecólótl y decidió hechizar a Ehecatl para que ya no produjera más. El gemelo se fue hacia el mar y nunca más volvió pese a que Tlacatecólótl se arrepintió más tarde. Desde entonces este último vivió enojado.

Durante un tiempo Tlacatecólótl vivió al pie del Postectitla. Siguió trabajando y logró reunir alimentos y bienes materiales en abundancia, de los que solía regalar una parte cuando veía a alguien necesitado, pero si algo le era sustraído sin su consentimiento se vengaba haciendo maldades al responsable. Finalmente, decidió marcharse dejando todos sus bienes a Tenantzitzimitl y a la gente humilde. En algunos mitos se dice que parte de su riqueza la enterró en ollas y otra parte la regaló a los pobres.⁴⁴ Cuando la madre de Tlacatecólótl murió, fue enterrada en un lejano barranco, en un lugar denominado Cipactla.⁴⁵ De su cuerpo surgieron todo tipo de animales y plantas ponzoñosos. Otras versiones señalan que el Hombre búho cremó el cadáver de Tenantzitzimitl en un horno y después arrojó sus cenizas al río Calabozo, pero todos coinciden en señalar que de éstas nacieron las plantas y animales venenosos que actualmente existen en el mundo.

Tlacatecólótl anduvo por varios pueblos y *tianguis* donde se dedicó a comerciar. Posteriormente estableció una granja en la que criaba guajolotes, su comida favorita, y

⁴⁴ En otros más se dice que esto ocurrió al fallecer su esposa Meetztli.

⁴⁵ Como se apunta arriba, *Cipactla* corresponde al segundo nivel del inframundo. Allí habitan la tortuga y el monstruo de la tierra que sirven de pedestal a los cuatro cargadores o tlamamameh. Sin embargo, el cuarto nivel del Mictlah, el Tzitzimitla, es el que aloja a las tzitzimineh y otros seres que asustan.

también tenía animales nocturnos como tigrillos, lechuzas, serpientes, zorras, coyotes, zopilotes y tecolotes, a los cuales intercambiaba en trueques. El Señor búho se casó con la Luna (Meetzli). En algunas versiones se indica que cuando los dioses repartieron los oficios entre sí encomendaron a Tlacatecólótl vigilar la conducta de los hombres y castigar a los desobedientes. Éste pidió a Meetzli que lo ayudara a cumplir dicha tarea y más tarde se unió a ella en matrimonio. Otros relatos señalan que la joven era hija de un granjero que se dedicaba a cuidar conejos. El matrimonio no procreó hijos. Se dice que a Tlacatecólótl le gustaba la oscuridad pues dormía en sitios oscuros y despertaba por la noche. Su vinculación con la luna se manifiesta también por el hecho de que el Señor búho le cantaba al astro selenita durante las horas nocturnas. Cuando éste no aparecía se enojaba y entonaba cantos horribles que propiciaban la muerte de varios hombres.

Tlacatecólótl tomó parte en la creación de la primera pareja de la actual generación. Debido a que los primeros hombres eran “muy delicados”, el Hombre-búho les enseñó la manera de defenderse de sus enemigos, razón por la cual inventó las peleas y la hechicería (tetlahchiuilli). Algunos relatos señalan que al morir Meetzli, el dios se dedicó a ser curandero (tepahtihketl). Preparó a varios hombres para que aprendieran a sanar a la gente, pero también instruyó a otros en la hechicería. Tlacatecólótl solía convertirse en guajolote y búho. Siendo anciano, andaba siempre apoyado en un bastón; en los días fríos se encargaba de cuidar que no se apagara el fuego. Cuando murió, su cuerpo fue cremado en un fogón sobre cuyas piedras quedaron las cenizas. Éstas, al mezclarse con la lluvia, dieron origen a varias plantas comestibles y otras ponzoñosas. Se dice que el fogón donde fue cremado Tlacatecólótl ardió espontáneamente al acercarse la temporada de calor. Algunas versiones del mito señalan que al fallecer el Hombre-búho su cuerpo fue enterrado en lo más profundo de la tierra, y que de sus huesos surgieron tanto plantas curativas como venenosas. Ahora su tonal vaga en la tierra guiado por la luna y la estrella nocturna.

Se dice que Tlacatecólótl visitaba de día la casa del Sol (la montaña Tzoahcalli) y por las noches acudía al cerro Xochicoatepec. Cuando los dioses dejaron sus residencias en los cerros para irse a vivir al Teopanco, Tlacatecólótl abandonó el Xochicoatepec, dejando en su lugar al búho, su tonal. Allí el ave canta todas las noches y vuela alrededor de la montaña. Ahora el dios habita donde se oculta el Sol y acompaña al astro en su recorrido nocturno por el Inframundo; en ocasiones, sobre todo durante la temporada de secas, también lo hace de día. Algunos consideran que el Señor búho aun acude algunas noches al Xochicoatepec, donde tiene un tescatlapetlantli (espejo luminoso). La idea de que Tlacatecólótl vive donde se oculta el Sol lo vincula con los difuntos, por ello los especialistas rituales le piden saludar a los muertos cuando le dirigen sus oraciones. En éstas también se pone de manifiesto la asociación del dios con los lugares sagrados, tales como cuevas, cerros, encrucijadas, manantiales y sitios arqueológicos.

Existe un relato mítico que asocia a Tlacatecólótl con el origen del Carnaval. A los cuarenta días de haber nacido, llegó al Xochicoatepec una manada de búhos para decirle que su misión en la tierra había terminado y que debía ir con el Sol porque el astro lo necesitaba. Tlacatecólótl solicitó veintiocho días como plazo para poner en orden sus asuntos, petición que le fue concedida. Durante ese periodo, el dios instruyó a varios curanderos y hechiceros y enseñó la magia (tlaixcahcahualli). También enterró su dinero advirtiendo que era el patrimonio de los pobres y que para acceder a él debían hacerle ofrendas. Al vencer el plazo de veintiocho días, Tlacatecólótl se fue al cerro Xochicoatepec. Cuando llegó a dicho lugar era el mediodía, el sol estaba candente y la montaña comenzó a desprender mucho humo con el que se formó una gran nube que oscureció por completo el cielo. La oscuridad duró nueve días, al final de los cuales se escuchó una explosión. Una luz subió al cielo para, enseguida, descender hasta introducirse bajo la tierra. Después de este acontecimiento volvió a aparecer el día y todo regresó a la normalidad. Al lugar acudieron curanderos y hechiceros para hacer un banquete en honor a Tlacatecólótl; bailaron y tocaron música. De este modo se creó el nahnahuatilli o Carnaval, con el fin de honrar cada año al Señor-búho.

Se considera a Tlacatecólótl un sabio (tlamatihketl) que “maneja todo” y adivina cualquier cosa. Resuelve las peticiones de los hombres, pero también expresa su enojo castigándolos cuando no cumplen con la “costumbre”, es decir, con los rituales mediante los cuales le hacen ofrendas. Su carácter dual y ambivalente se expresa de diversos modos. Se le concibe indistintamente como Señor de la noche o Señor del día; puede ser bueno o malo, piadoso o envidioso, caritativo o déspota. Asimismo, tiene la facultad de curar o embrujar, dar la vida o propiciar la muerte, provocar discordias y ayudar a resolver problemas difíciles, otorgar o quitar riquezas; por todo ello se le teme y se le venera. Cuando se vuelve implacable lo denominan Tlacatecólótl Tlahueliloc (Hombre-búho colérico) y lo comparan con el diablo cristiano.

Tlacatecólótl es asociado con el Demonio. Se habla de él como masehualdiablo (diablo indígena), deidad que protege a los indígenas, a los más necesitados, otorga dinero y da las cosechas. Es quien enseñó a los curanderos a sanar e instruyó a los hombres en la hechicería. Sin embargo, debe ser tratado con mucho respeto pues, como se ha apuntado, es muy enojón; su furia puede acarrear grandes calamidades. También existe el Coyodiablo (diablo mestizo) o Tecocolíhketl (envidioso), ser maligno, ambicioso y patrono de los mestizos, que detesta a los indígenas, destruye las milpas en forma de toro y asusta en los caminos. Se le describe de color rojo, con cuernos y cola y se afirma que vive en el infierno comiendo lumbre, imagen que coincide con la que difunden los catequistas. El Coyodiablo vino del mar con sus hijos los mestizos, quienes cuidan de las vacas pues éstas constituyen su riqueza y se parecen al Diablo por tener cuernos y cola.

Los nahuas de Chicontepec distinguen dos tipos de aires: 1) los cualliehecame (aires buenos) o xochiehecame (vientos floridos o sagrados) y 2) los axcualliehecame (aires malos) o tlasolehecame (vientos de basura). A los primeros los vinculan con el aire que respiramos y con el viento que sopla en la temporada de calor; su regente es Ehécatl. Respecto a los Tlasolehecame, las oraciones rituales ponen de manifiesto su relación con

Tlacatecólótl y Tenantzitzimitl al atribuir a estos últimos su creación. Debido al proceso de evangelización también se le adjudica al Diablo la presencia de los axcualliehecame, concebidos como entidades malignas que deambulan por el aire, a quienes Dios persigue para arrojarlas al infierno. Los tlasolehecame se clasifican en varios tipos de acuerdo con los elementos que los constituyen y el ámbito en el que operan: Cuatitlanehécatl (viento del monte), Tepexicoehécatl (“viento del barranco”), Ohtlaxalehécatl (“viento de encrucijada”), Mictlanehécatl (“viento de muerte”), Mahmatilehécatl (“viento de susto”), Asokiehécatl (“viento de lodo y agua sucia”), Istlacayoehécatl (“viento de chisme”), Tetlahchiuilehécatl (“viento de maleficio”), Tepecoehécatl (“viento del cerro”), Tzitzimicoehécatl (“viento de envidia y enojo”), Tliehécatl (“viento de fuego”), Antihuaehécatl (“viento de ruinas”), Ostocoehécatl (“viento de cueva”), Totonicaehécatl (“viento de fiebre”), Cocolisehécatl (“viento de enfermedad” o “epidemia”), Meetzliehécatl (“viento de luna”), Cualolehécatl (“viento de eclipse”), y Ehecahuetzli (“viento de desmayo” o “viento de epilepsia”). Los vientos nefastos no son visibles durante el día, sólo se advierte su presencia por medio de ruidos extraños o de escalofríos que provocan en la gente. De noche aparecen en forma de aerolitos, o bien como fantasmas, perros, toros, burros, caballos, hombres y aves gigantes, aunque generalmente se conciben como remolinos o gusanos retorcidos en el aire. Además se les asocia con la luna y el frío. Los axcualliehecame son causantes de enfermedades. La furia de los ancestros, las envidias, los chismes, la volubilidad y los enojos también son atribuidos a los tlasolehecame, cuyo daño se manifiesta mediante dolores de cabeza, náuseas y desmayos. Ohtlamaxácatl (“hombre de encrucijada”) y Ohtlamacíhuatl (“mujer de encrucijada”) son concebidos como seres malignos, pues ellos tienen en su poder los aires maléficos que soplan en las encrucijadas (Otlamaxalehécatl). Éstos son invocados por los hechiceros para causar daño. La realización de rituales es necesaria tanto para identificar el tipo de mal aire que provoca un padecimiento como para eliminarlo. Estas “limpias” pueden ser sencillas o muy complicadas dependiendo de la enfermedad.

Los rituales dedicados a Tlacatecólótl se pueden clasificar en 1) públicos regionales, 2) públicos comunitarios y 3) privados. A la primera categoría pertenece el Atlacualtiliztli, rito que persigue la comunicación con Apanchaneh (Señora del agua o Sirena), con el objetivo de propiciar las lluvias. En esta ceremonia se representa a Tlacatecólótl y a los tlasolehecame en papel cortado. Las figuras son utilizadas en un acto de purificación o tlaochpanaliztli (“barrida”), mediante el cual se conjuran los malos vientos. También se pronuncian oraciones para pedir al Señor búho y a los vientos de basura que no intervengan negativamente en el ritual impidiendo que todos trabajen bien. La última parte de esta ceremonia se lleva a cabo en el cerro Postectitla. Allí se coloca un atado de papeles con la imagen de los ehecame y de Tlacatecólótl en sus diferentes advocaciones. Al final se recogen los papeles y se entierran, depositándoles monedas y aguardiente con la finalidad de que Tlacatecólótl no impida la comunicación de los sacerdotes con Apanchaneh.

El nahnahuatilli es un ritual público comunitario. Antes de dar inicio, Tlacatecólótl se aparece en sueños tanto a los que aspiran a dirigir el Carnaval como a los mecohmech (danzantes), cada uno de los cuales hace un ceremonial para que el Señor-búho acepte sus ofrecimientos. Al comienzo del nahnahuatilli se lleva a cabo una ceremonia pública en la que se ofrece comida, bebida, flores y música con la finalidad de pedir que la fiesta transcurra sin contratiempos. También se hace una “limpia” para purificar a los danzantes y sus disfraces. Después los mecohmech recorren la comunidad vestidos con los poderes de Tlacatecólótl, pues éste les ha prestado su tonal, razón por la cual tienen la habilidad de curar a los enfermos y purificar las casas y los animales domésticos para “mantener el equilibrio” y alejar los malos aires. El Miércoles de Ceniza se honra a los que murieron trágicamente, ya que estos difuntos moran con Tlacatecólótl, su patrón. Al final de la fiesta se hace agradecimiento al Señor-búho y los danzantes le devuelven su tonal mediante una ceremonia denominada mecohtlacualtiliztli. Durante el carnaval se llevan a cabo ritos privados a la media noche. Los especialistas rituales –huehuetlacatl (“hombre viejo”), tepahkihketl (“curandero”), tlachixketl (“vidente”), tlakihkixtihketl (“succionador”),

tetlahchihuietl (“hechicero”) y tonalnotzketl (“llamador de Tonal”) – agradecen a Tlacatecólótl el “don” que les ha entregado. Los ganaderos mestizos también efectúan una ceremonia privada en la que rezan tanto al Señor búho como al Diablo para pedir la multiplicación de su ganado y de su riqueza.

Además de las ceremonias privadas propias del Carnaval, en diversos momentos los especialistas efectúan ritos de acuerdo con las características de su oficio. Los tetlahchihuianeh (“hechiceros”) rezan a Tlacatecólótl en su advocación de Tlahueliloc (“malo”, “enfurecido”) para castigar o hacer daño a alguien. Si éste no atiende sus peticiones, lo insultan y le dan comida podrida y carne de zopilote. Los tonalnotzaneh (“llamadores del Tonal”) hacen oración al Señor búho con el fin de que ayude a devolver el Tonal a las personas que lo han perdido a causa de sustos. Los tepahtianehe (curanderos) recortan imágenes de Tlacatecólótl y de los ehecame, las sahúman, les rezan y les ofrecen comida, bebida, dinero, tabaco y huevos con el objetivo de pedirles que quiten los castigos y se mantengan en equilibrio. Las oraciones pronunciadas durante diversos rituales expresan aspectos relacionados con la conservación de la vida y el orden comunitario. Se pone énfasis en la entrega de ofrendas a Tlacatecólótl como un medio para evitar su ira y para tranquilizarlo. Las envidias, los malos vientos y los hechizos se señalan como entidades que se conjuran mediante ofrendas al Señor búho. Algunas plegarias expresan el poder que se le atribuye para propiciar la fertilidad agraria, pues se dice que él otorga el maíz y trae la lluvia.

De acuerdo con Báez-Jorge y Gómez Martínez, la asociación actual de Tlacatecólótl con el Diablo se debe analizar en el contexto de la catequesis operada desde tiempos coloniales, asociación que expresa una reelaboración simbólica conformada con base en la noción cristiana del Mal y las concepciones acerca de las entidades malignas autóctonas. Sin embargo, su demonización sólo tuvo efectos superficiales. Como se apuntó arriba, cuando los evangelizadores asociaron a Tlacatecólótl con el Diablo, se apeló al sistema de referencia de la religión indígena, lo que abrió las puertas al sincretismo. Es así que hoy

día este dios presenta atributos divergentes que incluyen tanto nociones del Mal como del Bien, características propias de las deidades mesoamericanas. Se le imagina propiciando lo mismo beneficios que daños, es decir, como una divinidad en sí misma benéfica y maléfica, un mediador entre “lo bueno” y “lo no bueno”. Por lo anterior, se le teme y se le reverencia. Su condición dual no se refiere a la concepción dualista del cristianismo, en la que el Mal y el Bien son nociones absolutas concebidas de manera discontinua, sino a la conducta de los seres humanos, pues para conseguir su tranquilidad –estado que se manifiesta en el orden terrestre–, los hombres le rezan y ofrendan.

4. La demonización de Tezcatlipoca y la continuidad de algunos de sus atributos en la actual figura de Tlacatecóloti

Báez-Jorge y Gómez apuntan que en la cosmovisión de los nahuas de Chicontepec se puede observar la continuidad de elementos ideológicos y simbólicos de la religión mesoamericana.⁴⁶ Los citados autores también han advertido las semejanzas existentes entre la figura de Tlacatecóloti y la del dios prehispánico Tezcatlipoca. Al parecer, el culto a este último estuvo bastante difundido en la Huasteca. En la Relación de Metztitlán de Gabriel de Chávez se señala la presencia de deidades como Izcuin, Ome Tochtli, (patrono del pulque y de la embriaguez) y Tezcatlipoca, el cual se presenta como una de las divinidades más importantes.⁴⁷ La relación Geográfica de Huexutla informa:

En lo de sus ceremonias y ritos, dijeron que, en capada pu(eblo), tenían una casa donde tenían sus ídolos, y (que) tenían uno que le tenían por mayor dios de los que ellos adoraban, que le llamaban *Tezcatlipucan* [...] Y este ídolo era hecho a figura de un hombre, y no supieron decir de qué metal por q(ue) los indios v(e)ían aquél *Tezcatlipucan*. Y que sin éste, había en esta casa muchos ídolos de piedra y madera.⁴⁸

⁴⁶ Los autores destacan la concepción misma del universo, es decir, los tres planos (cielo, tierra e inframundo), los estratos del cielo y la tierra, las cuatro regiones, los cargadores; también la alusión al Xochicuauhtli y las ideas respecto a las cinco generaciones y el cataclismo por los que ha pasado la humanidad, entre muchos otros aspectos.

⁴⁷ Referida por Gómez, 2002: 41-42.

⁴⁸ *Relaciones Geográficas de México*, I: 249. En: *Ibidem*: 40.

Debido a que Tezcatlipoca era considerado un dios todopoderoso, sembrador de discordias, conductor de los destinos del mundo, que daba y quitaba prosperidades, riquezas, fama, fortaleza, señoríos, dignidades y honras, Gómez considera que su culto no parece haberse extinguido totalmente entre los nahuas de la Huasteca ya que, si bien sincretizado con el diablo y Tlacatecólctl, sus atributos continúan manifestándose hoy día.⁴⁹

En el proceso de catequización varias características de las deidades mesoamericanas asociadas con el Inframundo fueron incorporadas a la imagen colonial del Diablo. Así ocurrió particularmente con Mictlantecuhtli⁵⁰ y Tezcatlipoca. Fray Bernardino de Sahagún, por ejemplo, escribió acerca de este último: “[Tezcatlipoca es] el malvado Lucifer, padre de toda la maldad y mentira, ambiciosísimo y superbísimo, que engañó a vuestros antepasados.”⁵¹ De acuerdo con Báez-Jorge la identificación de Tezcatlipoca con Satanás se facilitó debido a analogías formales, tales como:

...sus múltiples nombres, su forma y color, sus atributos de metamorfosis, nigromancia, omnividencia, omnipresencia y autocreación; el dominio sobre los hombres, su asociación con el aire, la oscuridad, la lujuria y la muerte. Las convergencias simbólicas refieren, también, a su condición de enemigos del hombre y a su capacidad de seducción e intriga.⁵²

Multiplicidad de nombres. Como resultado del proceso de acumulación simbólica que caracterizó a la imagen de Satán en el imaginario medieval, éste recibió una multitud de apelativos. Tan sólo en un grimorio que circulaba en la España del siglo XVI se refiere una jerarquía infernal compuesta por Lucifer, Belzebuth, Astaroth, Lucífugo, Satanalcia, Agaliareth, Fleurety, Sargatanas, Nebirus.⁵³ La amplitud denominativa referida a diferentes advocaciones y oficios sagrados también es un rasgo característico de Tezcatlipoca. Entre los diversos nombres que recibió el “Señor del espejo humeante” se

⁴⁹ Cfr. *Ídem*.

⁵⁰ “MICTLANTECUHTLI. ‘Señor del Mictlan’. Nahuas. Otro de sus nombres era *Tzontemoc* ‘el que cae de cabeza’. Él y su mujer *Mictēcacihuatl* reinaban en el inframundo...” (González Torres, 1991: 116).

⁵¹ Sahagún, 2000.

⁵² Báez, Jorge, 2003: 261

⁵³ Esta jerarquía infernal aparece en el grimorio, libro de brujería e invocaciones diabólicas, *El maleficio o Secretos del infierno*, fechado en 1522 (Referido por Báez-Jorge, 2003: 198-199).

encuentran Tepeyólotl (“corazón de la montaña”), Yoalli Ehécatl (“viento nocturno”), Yáotl (“Enemigo”), Moyocoyani (“el que obra por sí mismo”), Telpochtli (“El del promontorio oscurecido”, “el joven”) y Titlahuacan (“Nosotros, sus hombres”).⁵⁴

Mutilación del pie. La ausencia de un pie constituye uno de los elementos que permiten la identificación de Tezcatlipoca en las representaciones iconográficas, aunque en realidad el Señor del espejo humeante puede aparecer tanto con dos pies como con uno de ellos amputado y, en ocasiones, con un espejo sustituyendo al miembro lisiado. También es común encontrar a dioses identificados con Tezcatlipoca⁵⁵ desprovistos de un pie, mientras que el primero luce los dos miembros inferiores. La variedad de representaciones hace complicado elucidar el significado de la mutilación.⁵⁶ Lo cierto es que esta característica anatómica también dio motivo para que se asociara al “Señor del espejo humeante” con la imagen del demonio traída por los españoles. En la península Ibérica, la creencia en el *diablo cojuelo* -ser unípede, amistoso y servicial que entablaba pacto o amistad con los seres humanos- formaba parte del repertorio cultural desde hacía tiempo. En las fórmulas supersticiosas de las hechicerías de los siglos XVI y XVII se le invocaba frecuentemente. Uno de los elementos que contribuyó a la difusión de esta imagen, fue la obra de Luis Vélez Guevara *El Diablo cojuelo* (1641).⁵⁷ Actualmente, en Aragón, al Diablo se le dice de modo burlón *patituerto*. Acerca de la presencia de este

⁵⁴ Cfr. Olivier, 2004: 41, 49, 59, 61, 89 y 169.

⁵⁵ Por ejemplo Tepeyólotl o Itztli.

⁵⁶ Se han elaborado varias interpretaciones acerca de la mutilación del pie en Tezcatlipoca. Algunas de ellas han girado en torno a una significación astronómica al identificar esta representación con el dios solar cuya pierna le es arrancada por el monstruo de la tierra o bien con la Osa Mayor (Cfr. Seler, 1963: I, 114-115; Caso, 2000: 45; Soustelle, 2004: 117). A partir de la explicación de una lámina del *Códice Telleriano-Remensis* que ilustra la fiesta de *Panquetzaliztli*, Olivier sugiere que la mutilación de Tezcatlipoca habría sido consecuencia de una transgresión y relaciona esta última con la falta cometida por el Señor del espejo humeante en Tamoanchan. El comentador de dicho códice precisa: “No pintan aquí a Tezcatlipoca con el pie de culebra porque dizen que es esta fiesta antes que pecase, estando en el cielo; y así de aquí viene, deste guerra del cielo guerra de acá (*Códice Telleriano-Remensis*, 1995: 13 [fol. 5r]). La transgresión en Tamoanchan, equivalente al pecado de los sobrevivientes del diluvio en el fin del cuarto Sol, tuvo, entre otras consecuencias, la aparición del fuego. El análisis de mitos antiguos y de datos etnográficos lleva a Olivier a encontrar un vínculo entre personajes lisiados o mutilados y la producción del fuego o del rayo, además del acto de transgresión, de modo que sugiere la existencia de una relación entre el pie y la generación del elemento ígneo (Cfr. Olivier, 2004: 421-427)

⁵⁷ Vélez, 1980.

personaje en América, el antropólogo y musicólogo cubano Fernando Ortiz apuntó que: “...se le atribuía haber traído al mundo los bailes pecaminosos y afroamericanos de la *zarabanda* y la *chacona*, a cuyos ritmos y meneos no pocos mortales iban danzando alegres su tripudio baile hacia el infierno.”⁵⁸

Color negro. Para Seler “...no hay ninguna duda de que los mexicanos concebían a Tezcatlipoca ante todo como dios negro, como dios oscuro, como dios nocturno, pues por regla general lo representaban en esta forma.”⁵⁹ A partir de un exhaustivo análisis iconográfico, Bodo Spranz establece, con base en la pintura corporal del Señor del espejo humeante, la presencia de tres tipos de Tezcatlipoca en los códices del *Grupo Borgia*: Negro, Rojo y Azul. Asimismo, encuentra una predominancia del color negro, seguida del rojo y, en menor medida, del azul.⁶⁰ El negro tenía connotaciones demoníacas para los europeos, razón por la cual este color constituyó un indicio más para afirmar el culto de los indígenas al Maligno.⁶¹ Báez-Jorge ve en el cromatismo de Tezcatlipoca un elemento que permitió a los misioneros vincularlo con el Diablo. El autor explica que el pensamiento judeo-cristiano consideraba la negrura como una característica definida de Satanás dado que el negro era el color del infierno. Añade que la patrística lo describía frecuentemente como un etíope y que, según se narra en algunas hagiografías, esta imagen es la que veían los santos en sus alucinaciones. En lo que al rojo respecta, retoma lo dicho por Burton

⁵⁸ Ortiz, 1959:90. En la obra de Vélez, el propio diablo cojuelo dice: “...yo truje al mundo la zarabanda, el déligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zambapalo, la mariona [...]yo inventé las jácaras, las papalatas...” (Vélez, 1980: 8). También se recomienda revisar: Pedrosa, 2001: 60-84.

⁵⁹ Seler, 1963: I, 115.

⁶⁰ La existencia de pasajes paralelos, es decir de tema igual, en los códices mexicanos de contenido religioso-calendárico, tales como el *Borgia*, el *Vaticano 3773*, el *Bolonia (Cospì)*, el *Fejérváry-Mayer* y el *Laud*, llevó a Seler a agrupar los cinco manuscritos bajo la denominación de *Grupo del Códice Borgia*. Bodo Spranz examina los pasajes paralelos de estos documentos para establecer concordancias entre los tres modos de representar cromáticamente al Señor del espejo humeante, así como entre éste y otras deidades. El autor encuentra que las concordancias más numerosas del Tezcatlipoca Negro son con el Rojo, con Tlahuizcalpantechtlí y con las deidades de la Serie Macuilli. Las del Tezcatlipoca Rojo se establecen con el Negro, con Tepeyólotl y con Xipe Tótec, mientras que las del Tezcatlipoca Azul se encuentran en el Rojo, en el Negro y en Tepeyólotl. Sin embargo, dada su exigua aparición, Spranz considera que el Tezcatlipoca Azul podría ser sólo una forma local de la región del Fejérváry-Mayer-Laud. (Cfr. Spranz, Bodo, 2006: 181-205).

⁶¹ “Muy repugnante es el Diablo. Él no es bueno, no es justo, es odioso, negro...” (Olmos, 1990: 14-15).

Rusell⁶² acerca de que el rojizo fuego del Averno, el color de la tierra calcinada y el tinte de la sangre condujeron a la asociación del Diablo con este color.⁶³

Omnipresencia y omnipotencia. Sahagún escribió: “El dios llamado Tezcatlipoca era tenido por verdadero dios, e invisible, el cual andaba en todo lugar, en el cielo, en la tierra y en el infierno...”⁶⁴ La omnipresencia del Señor del espejo humeante constituye otro rasgo de identificación con Satanás, de quien Salvanio, discípulo de San Agustín, escribió *Ubique daemon* (“El Diablo está en todas partes”).⁶⁵ Además se decía que Tezcatlipoca:

...daba las prosperidades y riquezas, y que él solo las quitaba cuando se le antojaba; daba riquezas, prosperidades y fama, y fortaleza y señoríos, y dignidades y honras, y las quitaba cuando se le antojaba; por eso le temían y reverenciaban, porque tenían que en su mano estaba el levantar y abatir, de la honra que se le hacía.⁶⁶

La capacidad de Tezcatlipoca para dar y quitar a voluntad riquezas, prosperidades, honras etc., es prueba de su omnipotencia y de la dependencia de los hombres respecto a él. Esta característica se manifiesta a través de uno de sus nombres, Titlacahuan (“aquél de quien somos esclavos”), y se corresponde con la idea cristiana de que la humanidad “es prisionera y esclava del Demonio”.⁶⁷

Metamorfosis. De acuerdo con Bodo Spranz, Tezcatlipoca “es la figura más cambiante y versátil entre los dioses, con su persona estaban relacionados los conceptos más

⁶² Russel, 1996.

⁶³ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 264-265.

⁶⁴ Sahagún, 1999:31.

⁶⁵ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 268.

⁶⁶ Sahagún, 1999:32. La volubilidad del dios también se manifestaba cuando, por su intervención, un guerrero capturaba a un prisionero y luego éste huía. Entonces el combatiente reprochaba a Tezcatlipoca: “¡Maldito seas, pues me has dado un cautivo sólo para burlarte de mí!”. Además, el Señor del espejo humeante era capaz de operar un cambio de estatus entre las condiciones respectivas del amo y del esclavo, cambio que suscitaba la hilaridad del dios y que llevaba a la gente a referirse a él como *Moquequeoloa* (el Burlón). Aunado a lo anterior, Tezcatlipoca era considerado el responsable de la elección de un nuevo soberano. El destino de éste se realizaba conforme la voluntad del Señor del espejo humeante (Cfr.Olivier: 40-44).

⁶⁷ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 268.

diferentes y a menudo opuestos.”⁶⁸ En efecto, el “Señor del espejo humeante” podía aparecerse o manifestarse de diversas maneras: “fantasma”, gigante, cráneo, bulto de ceniza, jaguar, pavo, coyote, mono, aire, sombra, entre otras. La capacidad de metamorfosis de Tezcatlipoca estaba relacionada, de algún modo, con el hecho de ser la divinidad tutelar de los hechiceros, aspecto que abordaremos más adelante. Esta característica también se atribuía al demonio cristiano: “El Satán medieval tenía el poder de adoptar apariencias infinitas e incluso tornarse invisible”, señala Báez-Jorge. El autor añade que se adjudicaba a Satán haber instituido las artes mágicas. La metamorfosis, el diabolismo y la magia constituyeron temas frecuentes en el pensamiento cristiano, sobre todo a partir del siglo XII.⁶⁹

Guerra y seducción (transgresión). Al igual que ocurría con Lucifer, una de las maneras de referirse a Tezcatlipoca era “El Enemigo” (*Yáotl*). Los misioneros notaron la proximidad entre este término y la expresión usada para caracterizar al demonio cristiano. Esta denominación corresponde con lo señalado por Sahagún:

...y tenían que cuando [Tezcatlipoca] andaba en la tierra movía guerras, enemistades y discordias, de donde resultaban muchas fatigas y desasosiegos. Decían que él mismo incitaba a unos contra otros para que tuviesen guerras y por eso le llamaban *Nécoc Yáotl*, que quiere decir sembrador de discordias de ambas partes...⁷⁰

La palabra *Yáotl*, cercana a *yaoyotl* (“la guerra”), hace de Tezcatlipoca un dios guerrero. Pero para Olivier, el análisis de los poderes de Tezcatlipoca como *Yáotl* también debe tomar en consideración la función de seductor y proveedor de mujeres que esta deidad desempeñaba.⁷¹ Hernando Ruiz de Alarcón consignó dos conjuros que ponen de manifiesto dicha función. El primero de ellos se empleaba para “atraer a afición la

⁶⁸ Spranz, 2006: 181-182.

⁶⁹ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 266. En *La ciudad de Dios*, San Agustín plantea que la historia debe entenderse a partir de la existencia de dos reinos opuestos: la Ciudad de Dios y la Ciudad terrena. La primera estaba habitada por ángeles y seres humanos de buena conducta. En la Ciudad terrena, por el contrario, vivían los demonios y el mundo pagano. En ella, los seres demoniacos utilizaban la magia para seducir a los hombres. De este modo, la magia se asimilaba a la acción diabólica y al paganismo (Agustín, 1988).

⁷⁰ Sahagún, 1999: 32.

⁷¹ Si bien Huitzilopochtli y, en menor medida, Quetzalcóatl y aún Xipe Tótec podían ser referidos con el mismo término, Olivier señala que éste se aplica con mayor frecuencia al Señor del espejo humeante. (Cfr. Olivier, 2004: 64).

voluntad ajena de que usan y se aprovechan los enamorados...”. El que enunciaba el conjuro asumía la personalidad de Tezcatlipoca (“Soy yo en persona. Yo soy Telpochtli. Yo soy Yáotl”) para, a continuación, expresar su desasosiego por la indiferencia del ser amado quien a su vez era identificado con Xochiquétzal. El segundo se utilizaba para dormir a una persona con el propósito de abusar de ella. También aquí el que lo pronunciaba se asimilaba al Señor del espejo humeante (“Yo soy el que es Yáotl, yo soy Moquequeloatzin, por lo tanto le daré pronto su placer”), tras lo cual amenazaba con hundir en trance a los guardianes de Xochiquétzal.⁷² Para Olivier, la pronunciación de estas invocaciones propiciaba el regreso al tiempo mítico, aquél en el que Tezcatlipoca raptó a Xochiquétzal, esposa de Tláloc. Este acontecimiento ocurrió en Tamoanchan. El enojo de los dioses Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl ante esta transgresión provocó la destrucción del “árbol florido” y la expulsión de todas las divinidades del paraíso celeste. El atributo de la seducción también es compartido por Satanás quien, a partir del conocido episodio bíblico del Paraíso, es llamado “el tentador por antonomasia”. Asimismo, entre los términos que la Biblia consigna para referir al Demonio se encuentran “adversario”, “seductor”, “astuto”, “engañoso”.⁷³

Omnividencia. Los antiguos mexicanos decían que Tezcatlipoca conocía todos los secretos de los hombres, pues era capaz de ver en sus corazones. La omnividencia del dios se manifestaba en su espejo, objeto a través del cual veía el mundo de los hombres. Este atributo lo hacía desempeñar un papel inquisidor toda vez que los pecadores no podían ocultar sus faltas ante él.⁷⁴ Una vez que el penitente decidía confesarse, buscaba un sacerdote y le solicitaba poder “hablar en secreto” sus pecados ante Yohualli Ehécatl, es decir, ante Tezcatlipoca. Llegado el día designado para la confesión, el sacerdote decía al

⁷² Ruiz de Alarcón, 1988: 141-142 y 81-83.

⁷³ Cfr. Báez-Jorge, 2003: 268.

⁷⁴ Cabe señalar que entre los aspectos que vinculan al Señor del espejo humeante con la diosa Tlazoltéotl se encuentra el hecho de que ambos compartían el patrocinio de los ritos de confesión. Al respecto de esta última y de sus advocaciones, Sahagún apunta:...decían que esta diosa, o diosas, tenían el poder para provocar a lujuria y para provocar cosas carnales, y para favorecer los torpes amores; y después de hechos los pecados decían que tenían también el poder para perdonarlos, y limpiar de ellos perdonándolos, si los confesaban a los sus sátrapas... (Sahagún, 1999: 36).

pecador: “Desnúdate, echa fuera todas tus vergüenzas, en presencia de nuestro señor, el cual se llama Yohualli Ehécatl, esto es, Tezcatlipoca.”⁷⁵ Y el penitente, después de hacer juramento de decir la verdad exclamaba:

“¡Oh señor nuestro, que a todos recibes y amparas, oye mis hediondecas y podredumbres; en tu presencia me desnudo y echo fuera todas mis vergüenzas, cuantas he hecho; no te son por cierto ocultas mis maldades que he hecho, porque todas las cosas te son manifiestas y claras!”⁷⁶

Los ritos de confesión hacían posible el restablecimiento del contacto entre los penitentes arrepentidos y el dios, así como la recuperación de su amistad.⁷⁷ La referida atribución de la invención de la magia a Satanás también vincula a éste con el arte adivinatorio.

Muerte, luna, noche, hechicería. A los aspectos hasta aquí descritos se debe añadir que tanto Satanás como Tezcatlipoca fueron vinculados por los misioneros a partir de la asociación que ambos mantenían con la muerte, el mundo subterráneo, la luna, la noche y la hechicería.⁷⁸ Entre los nombres calendáricos asociados directamente con Tezcatlipoca se encuentran *ce miquiztli*, “1 muerte” y *ome ácatl*, “2 Caña”. El primero era el signo del día del “Señor del espejo humeante”, en el cual se llevaba a cabo la séptima fiesta móvil:

En el signo que se llamaba *ce miquiztli*, en la primera casa, hacían gran fiesta los señores y principales a *Tezcatlipoca*, que era el gran dios; decían que éste era su signo [...] no solamente lo hacían los señores y principales, pero toda la gente a cuya noticia venía esta fiesta; y lo mismo se hacía en los *calpules*, y en todos los *cúes*. Todos oraban y demandaban a este dios que les hiciese mercedes, pues que él era todopoderoso.⁷⁹

⁷⁵ *Ibidem*: 37.

⁷⁶ *Ídem*.

⁷⁷ Cfr. Olivier, 2004: 55. Se recomienda revisar también: González Torres, 1993: 13-21.

⁷⁸ La asociación del Diablo cristiano con la muerte, el inframundo, la noche, la luna y la hechicería es un tema bastante conocido. Por tal razón, únicamente abordaremos estos aspectos en la figura de Tezcatlipoca.

⁷⁹ Sahagún, 1999: 95. Esta fecha pone de manifiesto en forma particularmente notoria la característica atribuida a Tezcatlipoca como aquél que otorga y quita riquezas y honores. Era un tiempo especialmente adecuado para solicitar favores al dios, quien podía concederlos pero también retirarlos ante una actitud desagradecida. Los poderosos mostraban un fervor exacerbado por temor a que Tezcatlipoca les quitara sus riquezas. Como el “Señor del espejo humeante” ejercía el padrinazgo sobre los esclavos, éstos perdían su condición servil durante dicha fecha. Se les debía tratar con cuidado y no ofenderlos, pues de lo contrario se invertiría el estatus del agresor.

De acuerdo con Sahagún, el signo ce miquiztli era considerado “...bueno y en parte malo, esto es, que algunas cosas tenía buenas y otras malas...”⁸⁰ Los que nacían en él eran bien afortunados y honrados, podían obtener riqueza y honores siempre que se comportaran con devoción e hicieran penitencia; de lo contrario, perdían su ventura. Olivier explica que el signo en cuestión aparece en los Códices, frecuentemente acompañado de una divinidad lunar.⁸¹ La relación entre la luna y la muerte también se manifiesta en los glifos que representan al astro selenita como un recipiente con forma de hueso semicircular o como un sol muerto. Ahora bien, la simbología de los huesos les confiere un poder fecundador, y es tal vez ésta la razón por la cual se consideraba a la luna, recipiente óseo, como la causante de la generación de los hombres. Algo similar ocurre con aquellas representaciones en las que dicho astro aparece en forma de caracol marino (tecciztli), pues el comentador del *Códice Telleriano-Remensis* señala que llamaban Tecuciztécatl a la luna, debido a que el hombre sale del vientre de la madre del mismo modo que el caracol emerge del hueso.⁸² El poder de fertilidad simbolizado por la luna y la materia ósea podría explicar el valor positivo otorgado al signo ce miquiztli, concluye Olivier.⁸³

Como se ha anotado, Sahagún señala que el signo ce miquiztli era considerado “bueno y en parte malo”. Otras fuentes también hablan de la fortuna nefasta asociada a este signo, tal es el caso de la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*⁸⁴ y del *Códice Vaticano-Latino 3738*. El intérprete de este último anotó que los nacidos en esta fecha serían hechiceros capaces de transformarse en diversos animales por el arte de la

⁸⁰ *Ibidem*: 232.

⁸¹ Cfr. por ejemplo: *Códice Borgia*, 1963:11 (diosa representada con una concha marina en la frente); *Códice Vaticano 3773*, 1972: 30 (el dios de la luna, Tecuciztécatl acompañado del signo ce miquiztli); *Códice Telleriano-Remensis*, 1995: 28-29 [fols. 12v-13r] (la sexta trecena del tonalpohualli que comienza con el signo ce miquiztli se ilustra con dos divinidades: Tonatiuh y Tecuciztécatl); *Códice Vaticano-Latino 3738*, 1964: 66-69 [láminas: XXV y XXVI].

⁸² Cfr. *Códice Telleriano-Remensis*, 1995: 29 [fol.13r].

⁸³ Además de los argumentos expuestos aquí, Olivier explica la relación entre la Luna y el cráneo a partir de los sacrificios en que las víctimas morían por decapitación. Este método se aplicaba principalmente a las representantes de las diosas Xilonen y Toci sacrificadas, respectivamente, durante las fiestas de Uey Tecuilhuitl y de Ochpaniztli, mismas que han sido interpretadas generalmente como ritos de fertilidad. También acude a pasajes mitológicos en los que la deidad lunar con frecuencia es decapitada (Cfr. Olivier: 75-78).

⁸⁴ Durán, 2002: II, 235.

magia.⁸⁵ La asociación Tezcatlipoca – Muerte – Luna – Noche – Hechicería se pone de manifiesto si consideramos que el cráneo constituía una de las formas en las que el Señor del espejo humeante se aparecía a las personas y que las actividades de los hechiceros, cuya divinidad tutelar era Tezcatlipoca, se realizaban por lo general durante la noche, momento en el que reina el astro selenita. En el *Códice Florentino* se anota: “La noche, el viento, el hechicero, nuestro Señor. Se decía eso del ‘hombre-búho’ Tezcatlipoca.”⁸⁶

Otro de los nombres calendáricos asociados con Tezcatlipoca es ome ácatl (“2 caña”). Cuando el glifo de este signo está acompañado por una cuerda anudada representa la ceremonia del “Fuego Nuevo” efectuada cada 52 años. Un pasaje de la *Leyenda de los soles* relaciona al “Señor del espejo humeante” con esta fecha. Tras convertir a Tata y Nene en perros por haber prendido lumbre sin autorización después del diluvio, Tezcatlipoca encendió un fuego nuevo en un año “2 Caña”.⁸⁷ Ahora bien, Olivier analiza una estatua identificada como Cihuatéotl que pertenece a la colección del Reiss-Museum de Mannheim. La figura luce en las partes laterales de la cabeza dos glifos que representan las fechas ce calli y ome ácatl. La primera de dichas fechas era temida pues se decía que en ella las cihuateteo, mujeres muertas en parto, descendían a la tierra para esparcir enfermedad y muerte. La estatua presenta una serpiente enrollada alrededor de la cintura, lo que hace pensar que se podría tratar de Cihuacóatl, divinidad vinculada a la fertilidad y a la Luna que murió dando a luz a Topiltzin Quetzalcóatl. Lo anterior lleva a Olivier a considerar la posibilidad de encontrarnos ante elementos que subrayan las relaciones existentes entre Tezcatlipoca y las cihuateteo.⁸⁸ Éstas dominaban los cruces de caminos, otlamaxac, lugares donde se les rendía culto. Del mismo modo, el Señor del espejo humeante recibía ofrendas en oratorios colocados en las encrucijadas.⁸⁹ Asimismo,

⁸⁵ *Códice Vaticano Latino 3738*, 1964: 67 [lámina XXV].

⁸⁶ *Códice Florentino*, 1979: II, fo.1.

⁸⁷ Cfr. *Leyenda de los Soles*, 1975: 120.

⁸⁸ Cfr. Olivier, 2004: 85-86.

⁸⁹ “Y al dicho *Titlacauan* todos le adoraban y rogaban, y en todos los caminos y divisiones de calles le ponían un asiento hecho de piedra, para él, que se llamaba *momoztli*...” (Sahagún, 1999: 195).

estos espacios eran propicios para las apariciones nocturnas y las actividades de los hechiceros.

Viento. El dios Quetzalcóatl era la divinidad del viento por excelencia, razón por la cual también le llamaban Ehécatl (“el Viento”). Sahagún escribe:

... teníanle por dios y decían que barría el camino a los dioses del agua y esto adivinaban porque antes que comienzan las aguas hay grandes vientos y polvos, y por esto decían que Quetzalcóatl, dios de los vientos, barría los caminos de los dioses de las lluvias para que viniesen a llover.⁹⁰

Ahora bien, en una gran cantidad de documentos se atribuye el nombre de *Yohualli Ehécatl* (“Viento nocturno”) a Tezcatlipoca, de modo que cabe preguntarse acerca de la asociación entre el Señor del espejo humeante y el viento. Un primer dato se puede obtener de un mito que narra el origen de la música. Después del sacrificio de los dioses en Teotihuacán, los hombres (sus vasallos) ignoraban la manera de adorarlos. Tezcatlipoca creó a Ehécatl, quien se apareció “en figura negra, con una gran espina toda sangrante, en signo de sacrificio.”⁹¹ El Señor del espejo humeante le ordenó ir a la casa del sol para traer

⁹⁰ Sahagún, 1999: 32. El cronista explica que Quetzalcóatl hacía soplar los vientos desde cuatro partes del mundo. Del oriente, donde ubicaban el Tlalocan, venía el tlalocáyotl (cosa de Tláloc), viento dulce, tibio y favorable; del norte llegaba el mictlampa ehécatl (“viento del lado de Mictlán”), viento furioso y frío; de cualidad húmeda y fría, al viento del occidente, donde habitaban las Cihuapipiltin, se le llamaba cihuatlampa ehécatl o cihuatecáyotl (“viento del lado de las mujeres” o “cosa femenina”); finalmente, el viento del sur o del mediodía era referido como huitztlampa ehécatl (“viento del lado de las diosas Huitznahua” o “viento del lado de las espinas”) y se le adjudicaba una gran furia y peligrosidad. (*Ibidem*: 435). De acuerdo con Olivier la relación de Quetzalcóatl con el viento se revela a través de relatos míticos que, por otra parte, ponen de manifiesto el papel desempeñado por este elemento en la creación. Tras el sacrificio y la eventual transformación de Nanahuatzin y Tecuciztécatl en el Sol y la Luna, Quetzalcóatl intervino para dar solución a la inmovilidad de los astros sacrificando a los demás dioses con la finalidad de proporcionar la energía necesaria para el desplazamiento de los cuerpos celestes. No obstante, Sahagún consigna una versión según la cual la oblación de las divinidades no fue suficiente, por lo que Quetzalcóatl debió aplicarse con firmeza y fuerza a soplar; de este modo los astros pudieron continuar su camino. Esta deidad también desempeña un papel fundamental en la creación de la humanidad, según se relata en la *Leyenda de los soles*. Enviado por los dioses, Quetzalcóatl desciende al inframundo para exhumar los huesos de las generaciones desaparecidas y crear con ellos una nueva humanidad. Para acceder a darle los huesos, Mictlantecuhtli (“Señor del Mictlán”) le impone superar una prueba que consistía en hacer sonar un caracol tapado. Ayudado por los gusanos, que hicieron hoyos al caracol, y por las abejas, quienes lo hicieron sonar, el dios gana los huesos y los lleva a Tamoanchan, donde la diosa Quilaztli los molió. Entonces Quetzalcóatl esparció sangre de su pene sobre ellos y de esta manera nacieron los hombres (Cfr. *Leyenda de los soles*, 1975: 120-121). Para Olivier, este pasaje evidencia nuevamente el papel creador del viento toda vez que mediante el sonido del aerófono (caracol) el dios logra extraer los huesos del Mictlán (Cfr. Olivier, 2004: 47-50).

⁹¹ *Historia de México*, 2005:111-112. Otra versión de este mito se encuentra en Mendieta, 2002:185.

a la tierra a los músicos que allí habitaban. Con este fin, lo dotó de un canto melifluo. El Sol advirtió a los músicos no responder al enviado; no obstante éstos sucumbieron ante el canto de Ehécatl y lo siguieron. Desde entonces, los hombres pudieron adorar a los dioses. Para Olivier, Ehécatl bien podría representar al doble (nahualli) de Tezcatlipoca bajo el aspecto de Yohualli Ehécatl “Viento nocturno”.⁹² Otro pasaje mítico que vincula a Tezcatlipoca con el viento se encuentra en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*.⁹³ Durante la primera edad del mundo, cuando la tierra estaba habitada por gigantes, Tezcatlipoca se transformó en Sol y de esta manera reinó durante 676 años, después de los cuales Quetzalcóatl lo atacó y lo hizo caer en el agua. Allí, el Señor del espejo humeante se transfiguró en jaguar y destruyó a los gigantes. Quetzalcóatl entonces se convirtió en astro solar por otro periodo de 676 años, al final del cual Tezcatlipoca, todavía como jaguar, lo derribó e hizo soplar un viento terrible que destruyó a la humanidad del segundo Sol.

Los informantes de Sahagún describen a Tezcatlipoca con los atributos del binomio Yohualli Ehécatl. Decían que era invisible como la noche y el viento y que se aparecía a los hombres en forma de “Viento Nocturno” o sombra.⁹⁴ Asimismo, como se apuntó arriba, lo nocturno y el elemento aéreo (Yohualli Ehécatl) se asociaban a la hechicería: “La noche, el viento, el hechicero, nuestro Señor. Se decía eso del ‘hombre-búho’ Tezcatlipoca.”⁹⁵ La divinidad tutelar de los hechiceros era el “Señor del espejo humeante” quien se aparecía a los mortales durante las horas nocturnas. De modo que para Olivier: “Yohualli Ehécatl se ajusta perfectamente a Tezcatlipoca, dios hechicero y verdadero ‘Príncipe de las tinieblas’ de los antiguos mexicanos.”⁹⁶

⁹² Cfr. Olivier: 49.

⁹³ *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, 2005: 30.

⁹⁴ “... y el dicho *Titlacauan* era invisible y como obscuridad y aire, y cuando aparecía [...] era como sombra...” (Sahagún, 1999: 194).

⁹⁵ *Códice Florentino*, Libro VI, *apud* Olivier, 2004: 52

⁹⁶ *Ibidem*: 53.

Alessandro Lupo señala que la palabra *ehécatl* refiere a un conjunto extraordinariamente amplio y articulado de fenómenos, entidades y símbolos. Añade que los nahuas prehispánicos:

...tenían una concepción del aire esencialmente ligada a sus manifestaciones dinámicas (los vientos, los remolinos, el aliento de los vivos), es decir, a las formas en que lo perciben los sentidos. Era precisamente su naturaleza, generalmente intangible e invisible, inaferrable al extremo, lo que llevaba a representar simbólicamente con ella a las más misteriosas e inefables fuerzas místicas. No es casualidad que se usara la expresión *yohualli ehécatl*, “noche y viento”, para definir a las supremas divinidades del principio creador celeste [...] entre quienes se hallaba el omnipotente Tezcatlipoca...⁹⁷

La palabra *ehécatl* podía designar tanto a las fuerzas portadoras de males procedentes del inframundo como a las “enfermedades calientes” que descienden del cielo. López Austin explica que en la antigua lengua náhuatl eran comunes los tropos formados a partir de dos términos complementarios. Para designar “enfermedad” existía una forma metafórica: *in ehécatl*, *in temochtli*, que literalmente quiere decir “el viento, el descendimiento”. El primer término está vinculado con los “malos aires” que ascienden desde el inframundo como entidades frías que se introducen en el cuerpo del hombre para enfermarlo. La referencia a los males calientes está designada por la palabra “descendimiento”, ya que provienen de la parte superior del cosmos, es decir, bajan del cielo. Ambos términos se dan recíproco sentido.⁹⁸ Aquí cabe señalar que, al igual que a la mayoría de los dioses mesoamericanos, a Tezcatlipoca se le atribuía ser la causa de enfermedades como “la lepra y bubas. Y gota y sarna e hidropesía”.⁹⁹ Incluso, cuando había epidemias, se hacían plegarias al “Señor del espejo humeante”, a quien concebían al mismo tiempo como responsable y enmendador de esos males:

Oh señor valerosísimo, amparador de todos y señor de la tierra, y gobernador del mundo y señor de todos, baste ya el pasatiempo y contento que habéis tomado en el castigo que está hecho; acábase ya, señor, este humo y esta niebla de vuestro enojo, apáguese ya este fuego quemante y abrasante de vuestra ira...¹⁰⁰

⁹⁷ Lupo, 1999:234-235.

⁹⁸ Cfr. López Austin, 1994: 134.

⁹⁹ Sahagún, 1999: 195.

¹⁰⁰ Fragmento de una oración contenida en el capítulo I del Libro sexto de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, en el que se habla “Del lenguaje y afectos que usaban cuando oraban al principal dios

Al respecto de las connotaciones malignas del viento, Báez-Jorge encuentra paralelismos con la antigua mitología y el pensamiento griegos,¹⁰¹ cuyas nociones transitarían por la mitología romana y se reelaborarían en el Medievo. San Agustín, por ejemplo, llamó a los demonios “rebeldes aéreas potestades” y el clérigo Richaldo afirmó que los seres malignos más astutos moraban en el aire. En el Renacimiento, al identificar a los planetas con espíritus malos y buenos, Marsilio Ficino advirtió que los cuerpos de los demonios planetarios estaban compuestos de aire. Santo Tomás señaló que las entidades diabólicas podían originar disturbios en el aire y levantar vientos. En la línea Tomita, Sprenger y Kramer vieron en el aire una materia apta para el Diablo, por su cualidad de ser comprimida, ya que posibilitaba que éste se adaptara a las formas de las cosas. Para el siglo XVI, Pedro de Medina diría que los demonios forman cuerpos aparentemente hechos de aire, al cual traen consigo cuando aparecen. Actualmente, en muchas regiones de España pervive la creencia en los “malos aires”, enfermedades causadas tanto por genios maléficos como por la relación entre los muertos y los vientos nefastos.¹⁰²

Hemos descrito algunas de las características de Tezcatlipoca que los misioneros encontraron semejantes a la imagen del Diablo cristiano. Si bien todas las deidades prehispánicas fueron demonizadas por los españoles, las analogías entre el Señor del espejo humeante y el Diablo convirtieron la destrucción del culto al primero en tarea prioritaria de la catequesis. Como se apuntó arriba, Báez-Jorge y Gómez han advertido las similitudes que Tlacatecólctl presenta hoy día con Tezcatlipoca. A continuación presentamos una tabla que muestra algunas de las similitudes entre ambos personajes.

llamado Tezcatlipoca o Titlacauan, o Yaotl, en tiempo de pestilencia...” (Sahagún, 1999: 299-301). También se puede leer en León-Portilla, 1978: 310-313.

¹⁰¹ Para los griegos el rumor del viento daría origen a la música de los Sátiros, a la voz de las sirenas, a la Gorgona, a las Gracias y a las Hespérides. También estaban las Arpías, vientos tempestuosos que producían calores y enfermedades. Los *daimones* eran representados en forma de serpientes, debido a sus movimientos ondulantes y a su carácter subterráneo identificado con las cavernas de donde salían los muertos y los vientos. En la antigüedad helénica se concebía al aire como el mundo de las presencias espirituales malignas desde donde realizaban funciones de comunicación entre las divinidades y los hombres, idea de mediación que coadyuvaría al desarrollo de la magia (Cfr. Báez-Jorge, 2004: 53 Y 523).

¹⁰² Cfr. *Ibidem*: 523-525 y 553-554.

Tezcatlipoca	Tlacatecólótl
En la iconografía de Tezcatlipoca se observa una predominancia a representarlo de color negro.	Tlacatecólótl se concibe moreno, a diferencia de su gemelo Ehécatl que es blanco.
Tezcatlipoca “daba las prosperidades y riquezas, y que él solo las quitaba cuando se le antojaba; daba riquezas, prosperidades y fama, y fortaleza y señoríos, y dignidades y honras, y las quitaba cuando se le antojaba...”	Tlacatecólótl otorga y quita riqueza. Los relatos míticos señalan que el Señor-búho llegó a tener muchas riquezas, de las que solía regalar una porción cuando veía a alguien necesitado. Pero si algo le era sustraído sin permiso se vengaba haciendo maldades al responsable.
Tezcatlipoca podía aparecerse o manifestarse de diversas maneras: “fantasma”, gigante, cráneo, bulto de ceniza, jaguar, pavo, coyote, mono, aire, sombra, entre otras.	Tlacatecólótl solía convertirse en guajolote y búho.
Tezcatlipoca “andaba en la tierra movía guerras, enemistades y discordias.”	Tlacatecólótl provoca discordias. Se le atribuye haber inventado las peleas.
Los poderes de Tezcatlipoca como Yáotl están relacionados con la función de seductor y proveedor de mujeres que esta deidad desempeñaba, la cual se remonta al tiempo mítico, cuando el Señor del espejo humeante raptó a Xochiquétzal, esposa de Tláloc.	Tlacatecólótl no trabajaba, se la pasaba cortejando a las mujeres.
Tezcatlipoca posee un espejo (el espejo humeante).	Tlacatecólótl posee un espejo (el espejo luminoso)
El signo del día de Tezcatlipoca, Ce Miquiztli (1 Muerte), lo relaciona con el inframundo. La luna, astro asociado a Tezcatlipoca, es representada en ocasiones como recipiente en forma de hueso semicircular.	La idea de que Tlacatecólótl vive donde se oculta el Sol y de que acompaña al astro en su recorrido nocturno hacia el inframundo, lo vincula con los difuntos, a quienes se le pide saludar en las oraciones rituales.
Tezcatlipoca era la divinidad tutelar de los hechiceros.	Al ver que los hombres eran “muy delicados” - dados los materiales de los que fueron hechos- Tlacatecólótl les enseñó la manera de defenderse de sus enemigos, razón por la cual inventó la tetlahchihuilli (hechicería).
Tezcatlipoca se asocia a la Luna a través de su vinculación con el signo ce miquiztli, que aparece frecuentemente acompañado de una divinidad lunar y de la representación de esta última en forma de hueso semicircular. Ome ácatl, el otro signo calendárico de Tezcatlipoca, también se vincula con la Luna.	Tlacatecólótl se casó con la Luna (Meetztli), astro I que le cantaba en las horas nocturnas. Cuando ésta no aparecía, el Señor-búho se enojaba y entonaba cantos horrendos que propiciaban la muerte de varios hombres.
Los hechiceros, personajes que están bajo la tutela de Tezcatlipoca, realizaban sus actividades durante las noches. Tezcatlipoca se aparecía a los mortales por las	A Tlacatecólótl le gustaba la oscuridad, pues dormía de día en sitios oscuros y despertaba por la noche. Le cantaba a la Luna en las horas nocturnas.

noches.	Desde que el Señor búho murió, su tonal vaga por la tierra guiado por la luna y la estrella nocturna.
Las cihuateteo dominaban los cruces de caminos, otlamaxac, lugares donde se les rendía culto. Del mismo modo, Tezcatlipoca recibía ofrendas en oratorios colocados en las encrucijadas.	Se atribuye la creación de los “vientos nefastos” a Tlacatecólótl y Tenantzitzimitl, su madre. En las plegarias dirigidas al Señor-búho se habla de los “vientos de encrucijada”, una de las categorías en las que se dividen los tlasolehecame.
Relación de rivalidad entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl (Ehécatl). Quetzalcóatl, dios del viento, barría los caminos de los dioses de la lluvia.	Rivalidad entre Tlacatecólótl y su gemelo Ehécatl. Éste también es llamado Tlachpoastli (escoba), dado que se dedica a limpiar el ambiente, ahuyentando a los “malos vientos”.
Se describe a Tezcatlipoca con los atributos del binomio yohualli ehécatl. Decían que era invisible como la noche y el viento, y que se aparecía a los hombres en forma de viento nocturno o sombra. De acuerdo con el mito del origen de la música, el Señor el espejo humeante creó al Viento.	Tlacatecólótl es el patrono de los Tlasolehecame. En las oraciones rituales se atribuye a Tlacatecólótl y Tenantzitzimitl la creación de los “vientos nefastos”.
A Tezcatlipoca se le atribuían enfermedades como la lepra, la gota, la hidropesía, etc. Cuando había epidemias, se hacían plegarias al Señor del espejo humeante, a quien concebían al mismo tiempo como responsable y enmendador de esos males.	A través de los tlasolehecame y de los hechiceros, Tlacatecólótl provoca enfermedades, pero también las cura, atendiendo las peticiones que los hombres le hacen mediante rituales.

Comentarios finales

El proceso de evangelización implicó un cambio radical de marcos culturales para los amerindios. La demonización de las divinidades mesoamericanas requería la entronización del concepto “Diablo” en una cosmovisión para la cual era ajeno. Tanto la traducción como la no traducción de dicho concepto eran, como se ha señalado, actos portadores de sentido y formas estratégicas que respondían a diferentes fines. Al conservar una palabra extranjera, sin referencia en un sistema de representación indígena, los misioneros intentaban evitar posibles sincretismos. Sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto se alcanzó este objetivo, toda vez que para comprender el concepto detrás del término, los indígenas, como cualquier otro ser humano que se enfrenta a una categoría totalmente ajena a sus nociones, debieron acudir a sus propios

referentes para asignarle sentido.¹⁰³ Por otro lado, asimilar a Tlacatecólótl o Tezcatlipoca con el Diablo, debe haber generado muchas confusiones léxicas y conceptuales pero, como se anotó anteriormente, el encuentro de términos y conceptos abrió las puertas a mezclas y sincretismos diversos. Desde esta perspectiva, el Tlacatecólótl de hoy puede ser considerado como un texto nuevo, generado a partir del encuentro de distintas semiosferas y textos, y de procesos de traducción intersemiótica. Es decir, diversos referentes del mundo indígena e hispano debieron haber actuado como “filtros” traductores que hicieron posible la traducción del texto “Diablo”, pues éste, dado su carácter exógeno, sólo podía adquirir realidad en el espacio semiótico amerindio mediante procesos de traducción intersemiótica. Pero dicha traducción implicó que el texto “Diablo”, para ser semiotizado, se cargara de nuevas proyecciones simbólicas. Siguiendo los planteamientos de Lotman acerca del símbolo, podemos decir que el texto Tlacatecólótl entraña la memoria del símbolo, mismo que al atravesar el espesor de las culturas se repite y actúa como mensajero de otras épocas, al mismo tiempo que, al relacionarse activamente con el contexto cultural, se transforma bajo su influencia. Es por ello que, de acuerdo con Báez-Jorge y Gómez, las asociaciones entre el Hombre-Búho y Tezcatlipoca deben entenderse en el contexto del sistema religioso nahua actual, así como su relación con el Demonio. Tlacatecólótl no es una divinidad agonizante cuya concepción está suspendida en el tiempo, sino más bien una deidad que integra reelaboraciones simbólicas configuradas en un amplio proceso de transculturación.

¹⁰³ A partir de los informes que Moctezuma recibía acerca de los caballos (animales desconocidos en el Nuevo Mundo), Umberto Eco desarrolla un bellissimo ejemplo que lo lleva a plantear el problema de la categorización. En él aborda los ajustes y reajustes del propio mundo de referencias que Moctezuma debió haber llevado a cabo para terminar de entender lo que era un caballo (Cfr. Eco, 1999: 150-152).